

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO


ESTUDIANTES: BERARDO DE JESÚS BALSEIRO VÁSQUEZ
ELAINE MORALES PADILLA

TÍTULO: ÉTICA DEL PLACER
"TRAS LA FELICIDAD DESDE EL GOCE HEDÓNICO"
(UNA REFLEXION ENTORNO A EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUART MILL)

CALIFICACIÓN:

APROBADO


BRIGITTE FLOREZ GUERRERO
Asesor


DIEGO SOTO ISAZA
Jurado

D. T y C. Julio de 2006

ÉTICA DEL PLACER
"TRAS LA FELICIDAD DESDE EL GOCE HEDÓNICO"
(UNA REFLEXION ENTORNO A EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUART MILL)

BERARDO DE JESÚS BALSEIRO VÁSQUEZ
ELAINE MORALES PADILLA

Asesor
BRIGITTE FLOREZ GUERRERO

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
CARTAGENA DE INDIAS
2006

T
171.4
B196

3
3

ÉTICA DEL PLACER
"TRAS LA FELICIDAD DESDE EL GOCE HEDÓNICO"
(UNA REFLEXION ENTORNO A EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUART MILL)

BERARDO DE JESÚS BALSEIRO VÁSQUEZ
ELAINE MORALES PADILLA

Trabajo para optar el título de Filósofo

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
CARTAGENA DE INDIAS
2006

4

COTIZACIÓN	
Cantidad	<input checked="" type="checkbox"/> Canje
Precio	10.000 Proveedor U. DEC
No. de Acep.	109861
Fecha	06 12 07

Etica
 placer
 Hedonismo
 Felicidad
 Intereses propio
 Utilitarismo

NOTA DE ACEPTACION

PRESIDENTE DEL JURADO

41

JURADO

JURADO

Cartagena, julio de 2006

DEDICATORIA

*A nuestros Padres:
Amado Balseiro – Eloísa Vásquez
Elías Morales - Elizabeth Padilla, por su esfuerzo en hacer de
nosotros personas felices.*

*A todos aquellos amigos, que de una u otra manera han contribuido a
la realización del presente, apoyándonos en esta difícil tarea: Ser Felices*

AGRADECIMIENTOS

Mis más sinceros agradecimientos a mi familia, en especial a mi hermana Etilvia por su apoyo para hacer posible el que hoy se materializara la realización de este trabajo.

A Maura Julio de Vásquez, quien alegremente demostró su gran voluntad y deseos de ayudarme, acogiéndome en su familia por espacio de cinco años.

A todos ellos, mil y mil agradecimientos.

El autor

Quiero agradecer a mis padres el haber hecho de mí el ser humano que hoy todos conocen, porque junto a ellos he aprendido que el conocimiento y el amor hacen cada día personas exitosas y felices.

A mi hijo, quien llegó a mi vida para despertar esa mujer con personalidad pujante que siempre ha estado en mí.

A todos aquellos quienes directa o indirectamente han puesto su grano de arena en esta gran edificación que soy hoy.

La autora.

Nuestros agradecimientos a Brigitte Florez Guerrero. Por su labor en este.

Los autores



TABLA DE CONTENIDO

	PÁG
INTRODUCCIÓN	9
1. EL HOMBRE SER DE COMPORTAMIENTO MORAL.	17
1.1. DE LA MORALIDAD A LOS CRITERIOS ESTIMATIVOS.	22
1.2. PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA TEORÍA HEDONISTA Y DEL UTILITARISMO.	27
1.2.1. Principios básicos del epicureismo.	27
1.2.2. Principios básicos del utilitarismo.	32
2. CONCEPCIONES FILOSOFICO - MORALES SOBRE LA FELICIDAD DESDE LA PERSPECTIVA DE EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUART MILL.	38
2.1. EPICURO.	38
2.2. JOHN STUART MILL.	43
2.3. ELEMENTOS HEDÓNICOS EXISTENTES EN EL EPICUREISMO.	46
2.3.1. El placer.	47
2.3.2. El conocimiento.	52
2.3.3. La amistad.	55

2.4.	ELEMENTOS HEDÓNICOS EXISTENTES EN EL UTILITARISMO.	58
2.4.1.	La libertad.	62
2.4.2.	La educación.	65
3.	ALGUNAS CONSIDERACIONES SUSCITADAS ALREDEDOR DEL HEDONISMO PLANTEADO POR EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUART MILL.	69
3.1.	OBJECIONES AL HEDONISMO DE EPICURO DE SAMOS.	69
3.2.	OBJECIONES AL HEDONISMO DE JOHN STUART MILL.	75
4.	TRAS LA FELICIDAD DESDE EL GOCE HEDÓNICO.	82
	CONCLUSIÓN.	97
	BIBLIOGRAFÍA.	101

INTRODUCCIÓN

La historia de la filosofía moral está conformada por un conjunto de capítulos o escuelas donde se sistematiza el modo como diferentes autores y épocas han respondido, a través de sus escritos y de su actuar, a interrogantes fundamentales que desde el nacimiento de esta disciplina se ha venido formulando el hombre en torno a su sentir y desear; donde la ética ha fundido su quehacer con el hecho moral, con el único propósito de regular las relaciones entre los individuos, o entre éstos y la comunidad donde se realizan como seres sintientes e intersubjetivos. En este ejercicio reflexivo y práctico aparece como una constante y con trazos muy firmes el vocablo griego eudaimonía (εὐδαιμονία), que traducido a nuestro español equivaldría a decir felicidad; su búsqueda, ya sea a nivel personal como ocurrió en el mundo clásico, o a nivel social como en nuestras sociedades contemporáneas, a pesar del papel ensombrecedor y paternalista que han jugado tanto la religión como el estado, a través de la imposición de falsos valores y un cierto tipo de "bienestar", fruto de la competitividad e insolidaridad entre los agentes comunitarios, constituye sin duda alguna el fin de la actividad y aspiración humana: la felicidad.

A raíz de lo anterior, la felicidad se nos presenta como una de las expresiones más sonadas en las disertaciones de intelectuales, pensadores, poetas, artistas, etc, quienes otorgan diferentes connotaciones, cada una de ellas, encaminadas a su elogio, a su homologación con los bienes materiales, a la fama, a los logros personales, al dinero, a la salud; motivándonos a una reflexión en torno suyo, a una exhortación a su búsqueda o bien sea para considerar este término como un ideal quimérico.



Y aunque ésta es una expresión muy abstracta y subjetiva, pues no hay duda que haya tantas concepciones o modos de felicidad, como seres humanos pueblan el cosmos, nos resulta imposible dar al respecto una definición que satisfaga a cada uno de los seres humanos. Lo que sí podemos testificar sin que llegue a causar división alguna, es que puede concebirse como una síntesis, que a manera de abreviatura, busca enunciar de manera evidente o palmaria la satisfacción y/o complacencia de la gran mayoría de las aspiraciones del ser humano ya sean ilustradas o cualificadas, y que su búsqueda se ha convertido en una de las grandes empresas o móviles que más incentiva a la humanidad, debido a la tranquilidad de ánimo que ésta trae consigo.

Así entendida, la felicidad constituye desde cualquier perspectiva la meta, o hablando en términos griegos el "telos" de la vida humana, y su promoción no sería más que la justificación de todas y cada una de las actividades individuales o colectivas para su realización, pues una vida, en consecuencia orientada a cumplir objetivos distintos y/o aislados de la búsqueda de este telos humano, sería obligatoriamente ilógica, irracional e infructuosa por no decir que carente de sentido y, "no vida".

La manera más usual para referirnos a la felicidad, es aquella alegoría donde ésta es representada por medio de un hermosísimo pájaro, que con su alegre trinar y exótico plumaje, todos los días, a la llegada del alba nos visita, danzando alegremente a nuestro alrededor. A veces se nos coloca tan cerca, vuela alrededor de nuestra cabeza y en ciertas ocasiones nos roza con su colorido y fascinante plumaje, actitud que estimula nuestros deseos para cogerlo. Mil veces creemos que le atrapamos y mil veces se nos escapa, causándonos desolación y frustración. Ante esto, el ave de hermoso plumaje nos dice con fina voz: *"No estén tristes, amigos míos, porque no puedan cogerme, vuestra ocupación y entretenimiento durante toda vuestra vida será desearme, seguirme, pero nunca me cogerán"*. El pájaro y la caza.

M

Vamos siempre tras ese ave: mil y mil veces le alargamos la mano, la rozamos y no la podemos aprehender, mil veces le tiramos el lazo de seda y se nos escapa siempre. Queremos apresarla para siempre y no lo conseguimos.

Escribe acertadamente Emilio Lledó, en su opúsculo titulado *El epicureísmo*, hablando con cierto tino del tema que nos ocupa: "No es fácil la lucha por la felicidad. La existencia de esta palabra en el vocabulario de los griegos, los múltiples y variados contextos en los que se presenta, es testimonio de su vitalidad. No es, contra lo que pudiera pensarse, una palabra arrancada de espasmos míticos, de la terminología con que la élite intelectual orna el transcurrir de su existencia. La felicidad emerge de un permanente estado de vigilia en el que, a distintos niveles de la conciencia, se plantea la necesidad de una correspondencia entre la posibilidad y la realidad, entre la armonía del cuerpo y el espacio histórico concreto, donde éste se desarrolla y alienta"¹.

En el mismo contexto, haciendo una apología a esta empresa que capta nuestra atención, estimulándonos en su búsqueda, porque todo actuar debido a la racionalidad que nos es inherente como seres humanos necesita una razón de ser: "Pero, si algún sentido tiene la felicidad, si alguna extraña justificación sociológica o antropológica tiene el que esa palabra haya comenzado a funcionar en el lenguaje humano, se debe, indudablemente, a la necesidad de instalar en la conciencia, en el conocimiento, una adecuación entre la naturaleza pura, perdida ya para siempre entre los vericuetos de la cultura y el conglomerado de deseos y tensiones *que constituye la realidad existencial del hombre*"².

¹ LLEDÓ, Emilio. *El epicureísmo*. Ediciones Tractus. Madrid. 1995. Pág. 66.

² *Ibid.*, Pág. 66. (*La cursiva es nuestra*).

En esta labor infatigable de la búsqueda de la felicidad, la humanidad ha postulado diversos sistemas éticos que a manera de escuelas, ofrecen desde diferentes perspectivas y formas, el camino o el modo como alcanzarla o hacernos merecedores de ella. Entre ellas aparece el Hedonismo, -aquella doctrina nacida en el mundo clásico, pero que se hace popular y controvertida en el mundo helénico-, modo de vida que hace del placer el principal bien de toda vida, presentando así su búsqueda como el fin ideal de la conducta humana para su militante.

Entre los hedonistas del mundo clásico aparece en primera instancia Aristipo de Cirene, quien practicó junto a los suyos, los cirenaicos, un hedonismo egoísta y vulgar, el cual consistió en la satisfacción desmedida desde una sensualidad bastante marcada los deseos y placeres personales sin ninguna racionalidad como fin último de la existencia humana; racionalidad que sí aparece en la depuración y nueva presentación que hace el maestro Epicuro de Samos, a este sistema ético en la época helenístico-romana. No obstante, debido al carácter polémico del maestro de el Jardín, a la mala interpretación que se le ha dado a los pocos escritos que aun se conservan, a la homologación hecha por la gente malintencionada de la época de este nuevo hedonismo con el cirenaico, y, a las críticas mordaces lanzadas a la vida practicada al interior de la escuela, se ha concebido y presentado al común de la gente a esta doctrina como una "*doctrina de cerdos y para cerdos*", como un modo de vida poco atractivo para ser practicado por el hombre. Ignorando el alto grado de calidad de vida que ésta da en sí a sus seguidores:

Este escrito, no pretende ser de manera determinante una reflexión brillante ni discutible, más bien una invitación a una toma de conciencia donde el razonamiento y la sensibilización referentes a nuestras potencialidades y posibilidades de alcanzar una existencia hedónica madura, junto a un

desarrollo gratificante de todas las capacidades y aptitudes tanto individuales como colectivas, nos permita posibilitar un cambio encaminado a una vida realmente mejor y más digna, en cuanto más gozosa.

Por ser los gestores de esta meditación, es indispensable citar dos nombres que en la historia de la filosofía y al oído de cualquier lector resultan debido a tergiversaciones un tanto polémicos, son ellos, el ya citado Epicuro de Samos, filósofo griego del siglo III a. de C. y el contemporáneo británico John Stuart Mill, nacido en 1806. Cualquiera que tenga algún conocimiento de buenas fuentes acerca de estos ilustres pensadores, tendrá de inmediato una idea diferente de la difundida entre el común de la gente, vulgarizada y errónea, sobre temas como felicidad, placer, gozo, serenidad de ánimo y felicidad del mayor número.

A manera de presentación del trabajo, éste lo hemos dividido en cuatro capítulos en los cuales usted estimado lector, hallará datos biográficos, contextualizaciones de los autores en estudio, además de sus aportes a la ética del placer, algunas objeciones surgidas a raíz de sus postulados y por último una invitación a militar en este sistema ético.

El lector encontrará en el capítulo primero: *El hombre: ser de comportamiento moral*, a partir de la connotación de racional que muy acertadamente nos dio Aristóteles, una síntesis de nuestra moralidad donde el reconocimiento de las diferentes facetas en las que como seres actuantes nos desempeñemos, nos lleven a un orden armónico y justo para con la naturaleza y nosotros mismos, por medio de la identificación y aceptación de un cúmulo de criterios estimativos que buscan desde diferentes perspectivas direccionar nuestro actuar para conducirnos a la anhelada felicidad. Al mismo tiempo hallará el lector a modo de preámbulo,

algunas de las nociones sobre la felicidad de los autores que nos ocupan -Epicuro de Samos y John Stuart Mill-, ideas que después de una difusión se presentan a la historia de la ética bajo la rubrica de Hedonismo, cuya tesis central es la obtención del placer y la evitación de su contrario. Este ejercicio contiene algunos datos biográficos, notas que a modo de "clips" muestran el contexto socio-cultural en que se gestan estos modelos éticos, para finalizar, sin con ello agotar el tema, con una presentación sucinta de la tesis central del hedonismo practicado por los autores que hemos citado.

En el capítulo segundo, como su nombre lo anuncia: *Concepciones filosófico-morales sobre la felicidad desde la perspectiva de Epicuro de Samos y John Stuart Mill*, se presentan, luego de un análisis, la manera como nuestros autores exponen sus ideas, algunas matizaciones realizadas sobre la felicidad, el modo de su obtención y sus destinatarios. Así aparecen como elementos hedónicos al interior de este sistema ético en primera instancia el placer, seguido del conocimiento y de la amistad; ello se evidencia en la armonía a nivel espiritual y corporal reinante en cada uno de los militantes de el Jardín, en la cotidianidad que se vive al interior de la escuela, y en las epístolas que a petición de individuos concretos dirige Epicuro. De igual manera en el hedonismo universal promulgado por Mill, aparecen la libertad y la educación como elementos conducentes a la felicidad del mayor número, no olvidando que nuestro contemporáneo autor considera además de los elementos ya descritos y a diferencia de Epicuro, la virtud, la riqueza, el éxito laboral, el honor, la consideración y los bienes materiales como realidades que si bien no son la felicidad en sí, constituyen una base sólida para su ganancia.

Para la realización de este apartado nos hemos remitido al corpus epicúreo, presentado por el catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid: Carlos García Gual, en su obra

Epicuro, "Epicuro o Sobre la felicidad", escrito éste que contiene la "Carta a Meneceo", sus "Fragmentos y testimonios escogidos", las "Máximas capitales" y el "Gnomologio o Sentencias vaticanas". De igual manera al exponer los elementos hedónicos en nuestro contemporáneo Mill, acudiremos a sus obras capitales: "*El utilitarismo*", "*Sobre la libertad*", "*Su autobiografía*", y algunos artículos sobre él, de los autores George Sabine y Esperanza Guisán.

El capítulo tercero, por su parte está consagrado por entero a citar *Algunas consideraciones suscitadas alrededor del hedonismo planteado por Epicuro de Samos y John Stuart Mill*, replicas que van desde el marcado sensualismo, el practicar una doctrina "digna de puercos" y "de tinte atea"; acusaciones estas, compartidas por los dos sistemas en estudio, para presentar el marcado dogmatismo dictatorial que Epicuro instauró en su Jardín, según consideración de Bertrand Russell y, la poca fuerza revolucionaria que este sistema imprime en sus militantes, en opinión de Herbert Marcuse. Luego damos paso a las objeciones dirigidas al hedonismo de John Stuart Mill, entre las que cabe citar la realizada por G. E. Moore: la falacia naturalista, la de considerar como un imposible la instauración de la felicidad en cualquiera de sus representaciones como el fin racional, en primer lugar de la vida y en segundo lugar de la actividad humana desde esta filosofía del placer. Así como también la nota que caracteriza a estos sistemas: ser una doctrina abierta al cambio y a las posibles transformaciones que le lleven a nuevos refinamientos y precisiones a fin de convertirlas en garantes de felicidad para el hombre contemporáneo.

El capítulo cuarto, denominado: "*Tras la felicidad desde el goce hedónico*", no es más que una comunicación abierta, que a manera de exhortación incita a abrazar esta doctrina, este hedonismo universal, caracterizado por el elemento racional y la reflexión en el momento de conseguir, proporcionar y proporcionarnos un banquete de placer, a pesar de los diversos

obstáculos que como "valores y normas" nos presenta el sistema en su actitud paternalista, para que el hombre actual no logre una vida hedónicamente placentera, a nivel individual y colectivo. Una felicidad obtenida de manera antagónica a la de los cirenaicos, quienes a través de la práctica de su hedonismo vulgar se entregaron sin recelos a los placeres inmediatos, desatendiéndose en tal objetivo, de la excelencia que como seres humanos poseemos muy por encima de los demás seres sintientes; a quienes en su afán por proporcionarse el "goce momentáneo" les era permitido instrumentalizar a sus homólogos, o permitir ser instrumento de los demás sin escrúpulo alguno, a fin que se lograra con tal proceder algún tipo de "placer" o "situación placentera" de dicha clase de relaciones humanas. Actitudes estas, que sin lugar a dudas son la génesis de las malas interpretaciones y tergiversaciones hechas al hedonismo universal que hoy después de una depuración proponemos.

1. EL HOMBRE: SER DE COMPORTAMIENTO MORAL

El filósofo de Estagira, en la Grecia antigua definió muy acertadamente a la naturaleza humana, refiriéndose al hombre en particular, con los términos de "animal racional". Junto a esa definición surgió un sinnúmero de connotaciones para este ser; entre las que cabe recordar las de "animal político", expresada en aquel entonces por el mismo autor; la de "ser sediento de Dios", y la de "animal social", enunciadas en el medioevo por Agustín de Hipona y Tomás de Aquino respectivamente; la "frágil y débil caña pensante" del filósofo y matemático francés Blas Pascal; la de "ser pensante" esbozada por Descartes, a principios de la Edad Moderna; la de "ser deseante" nacida del filósofo holandés del siglo XVII Baruch Spinoza; la de "proyecto de ser" surgida del neokantiano español José Ortega y Gasset; y una larga lista de definiciones encontradas en las obras de filósofos, sicólogos, políticos, literatos, etc., que haría interminable esta labor.

Mas no se trata de ofrecer una recopilación de las diferentes interpretaciones dadas sobre el hombre a lo largo de la historia. Más bien, buscamos señalar que junto a todo este cúmulo de elucidaciones surgidas en torno nuestro, poseemos una especificación más, especificación esta que sobrepasa los terrenos antes mencionados, al tiempo que nos coloca en una categoría bastante diferencial con el resto de seres, situándonos mediante ella en la cúspide del reino animal: la de ser junto con aquellos asertos "un ser de comportamiento moral", o siguiendo la terminología usada por Aristóteles: un "animal moral"; componente éste que nos lleva a diseñar unos criterios estimativos-valorativos sobre aquello que consideramos el bien, en pro de la consecución de nuestra felicidad. Esta moralidad del ser humano nos viene

marcada por la capacidad que poseemos de aprender, aceptar o rechazar parámetros comportamentales representados por medio de normas o reglas de acción para la realización de un proyecto de vida armonioso en la colectividad o comunidad; moralidad que como lo expresa el filósofo español y catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México, Adolfo Sánchez Vázquez "se remota a los orígenes mismos del hombre como ser social"³.

Según esta posición, es evidente que el comportamiento moral tiene su génesis en el hombre desde el momento mismo en que éste vive como tal, es decir, desde las agrupaciones humanas más primitivas, ya que como él mismo lo expresa en el texto al que acabamos de referirnos: "la moral sólo puede surgir - y surge efectivamente - cuando el hombre deja atrás su naturaleza puramente natural, instintiva, y tiene ya una naturaleza social; es decir, cuando ya forma parte de una colectividad (gens, varias familias emparentadas entre sí, o tribu, constituida por varias gens)" ⁴. En el momento en que el hombre deja atrás su naturaleza instintiva y natural -para incursionar en el terreno de la comunidad, por medio de su interacción-, surgen en la asociación naciente un conjunto de hostilidades entre sus integrantes debido a la complejidad, ambigüedad y carácter conflictivo inherente a nuestra naturaleza humana. A estos elementos hostilizantes se añaden, un sin número de facetas, en las que como seres actuantes nos desenvolvemos; así como también, las situaciones de estimación o desprecio reinante entre los integrantes comunitarios.

Es precisamente, debido a esta complejidad individual y colectiva propia de nuestro actuar, así como también a las limitaciones concomitantes de nuestras capacidades a nivel personal y comunitario, donde germina la moral

³ SÁNCHEZ VÁSQUEZ, Adolfo. *Ética*. Grijalbo. México. 1997. Pág. 16.

⁴ *Ibid.*, Pág. 35

como agente regulador de los problemas existentes entre los hombres, ello a través de una regulación racional surgida de la misma comunidad en aras de la estabilidad individual y del orden social, a fin de salvaguardar la intensidad adversa de nuestro existir.

Por ello, esas complejidades, ambigüedades y conflictividades interpersonales propias de nosotros, los animales morales, al ser consideradas significativas o vitales para nuestra existencia y desarrollo en sociedad, se han convertido en el fundamento de la moral en la medida que son objeto de control social: puesto que en una sociedad exenta de conflictos -si alguna vez llegase a existir-, donde no hubiese cabida para las ambigüedades y complejidades entre sus integrantes, la moral como reguladora de la conducta humana en nuestras relaciones individuales e intersubjetivas, no tendría cabida, o su existencia en esta sociedad imaginaria sería innecesaria e infructuosa, pues recordemos que la moral tiene su génesis "con el fin de asegurar la concordancia de la conducta de cada uno con los intereses colectivos"⁵.

Es por esta razón que la moral se nos presenta en su sentido más amplio como una forma comportamental que "ha dado origen no sólo a las ciencias sociales, sino al saber y al decir popular, institucionalizado en normas más o menos laxas, sobreentendidas e implícitas"⁶, entre las que cabe recordar las siguientes: "*ojo por ojo, y diente por diente*", "*Más vale malo conocido que bueno por conocer*", "*No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo*", "*Con la misma vara que midas serás medido*", etc., forma comportamental que se edifica sobre una base sólida, cimentada en un doble aspecto: normativo y fáctico, los cuales se hallan presentes en toda conducta humana.

⁵ Ibid., pág. 36.
⁶ GUISÁN, Esperanza. *Razón y pasión en ética*. Los dilemas de una ética contemporánea. Anthropos. Barcelona. 1990. Pág. 27.

El primero, en cuanto se halla destinado a emitir normas, códigos o reglas de acción que han de regir el comportamiento del agente moral, normas que no pretenden dogmatizarse como sucede en el ámbito religioso, ni establecerse de una vez para siempre, sino que varían, están sujetas a modificaciones, o son renovadas a fin de hacer de nosotros, los individuos morales, hombres colmados, dichosos y satisfechos de nuestras vidas, dado el reconocimiento y la aceptación íntima de ellas, luego de una decisión; fruto de nuestra reflexión. Dicho de otra manera, este plano normativo señala un "debe ser" que determina el comportamiento del individuo moral.

El segundo aspecto, por su parte, va dirigido únicamente a aquellas acciones concretas realizadas por el animal moral en un plano individual y en sus relaciones intersubjetivas, las cuales adquieren una consideración moral por guardar una conexión positiva o negativa con algunas normas morales establecidas por la comunidad y el individuo; pautas estas, que han sido aceptadas irrefutablemente por la comunidad, bien sea por un sentimiento de pertenencia a ella o por un acuerdo intersubjetivo, resultante del carácter dialógico entre los agentes comunitarios sobre aquellas cuestiones que más nos interesan, cuando esto que más nos concierne no nos viene dictado por la divinidad, sino por la costumbre generacional o por la tradición, ámbitos estos que actúan desde la perspectiva unamuniana como "la base de la personalidad colectiva de un pueblo"⁷.

Mas no todo actuar humano por el simple hecho de ser producto del hombre, es considerado moral. Pues para que este tenga tal connotación es indispensable que el actor moral sea consciente de sus actos, así como de las consecuencias de éstos para con los componentes comunitarios; de igual manera es imprescindible que no halla coacción externa alguna en la

⁷ UNAMUNO, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*. Plenitud. Madrid. 1996. Pág. 13.

realización del acto. Esto es, para que un acto sea considerado moral se requiere por parte del sujeto moral libertad de opción y decisión para realizarlo, así como también, la directriz del motivo que incita a su realización y el cuidado de los medios utilizados para tal fin. Elementos estos que lejos de reflejar la expresión egoísta de nuestros caprichos personales han de convertirse en un denominante o imperativo moral.

Por ello, y en atención a lo expuesto anteriormente es plausible concebir la moralidad como: "La capa más profunda de la *humanidad* si por este término entendernos, existencialmente, la propiedad de ser *libres y autodeterminados*"⁸. Libertad y autodeterminación que, como lo expresa Guisán, no han de admitir un solipsismo por parte del individuo en el instante de elegir o actuar en el terreno moral, "puesto que el individuo no se define sino por su relación en el mundo y con otros individuos"⁹; o dicho de otra manera, éste existe moralmente hablando, sólo en la medida en que trasciende su propio mundo, su realidad individual, y se hace libre individualmente en consonancia con la libertad de sus homólogos.

Como se ha indicado, el hombre es un ser que se hace en una sociedad, donde vive como individuo concreto un sin número de relaciones con el mundo exterior desde diferentes facetas -religión, política, derecho, ciencia y convencionalismos sociales, entre otros-, mundos o circunstancias que, al igual que la moral, se hallan enmarcados por una conducta normativa que persigue fines específicos para una convivencia armoniosa entre sus agentes sociales. Aquellos pequeños componentes del entramado existencial, aunque regidos también por normas, difieren de la moral porque en esta última el acatamiento de sus preceptos se haya sostenido, por el convencimiento interno que estos deben ser cumplidos por cada uno de los

⁸ GUISÁN, Esperanza., Op. Cit. Pág. 57.
⁹ Ibid., Pág. 28.

seres morales y no por una coacción externa donde influya el interés de ideologías, representadas por la divinidad, la fe, o el dogma de un credo, como sucede en el campo religioso; o en el ámbito político, donde determinados grupos sociales pretendan mantener el orden social existente; o en el campo jurídico, donde el acatamiento y cumplimiento a una norma, se da sin la plena certeza por parte del sujeto que dicha norma sea justa, implicando así un acto limpio e irreprochable, pues el derecho se cumple independientemente de la aceptación íntima del individuo hacia la norma; o en el plano científico, por la indiferencia del saber científico en lo referente a la moral, no obstante tengan un calificativo de moral los fines, intereses y la utilización de la ciencia en el campo social; -ya que "el hombre de ciencia no puede permanecer indiferente al destino social de su actividad, y ha de asumir por ello una responsabilidad moral, sobre todo cuando se trate de investigaciones científicas cuyo uso y consecuencias son de vital importancia para la humanidad"¹⁰-, y por último, desde los convencionalismos sociales donde la conducta normativa regula los acuerdos intersubjetivos de manera formal y exterior sin la necesidad de una adhesión íntima a las normas, pues en la medida que esta adhesión pueda darse implique un repudio por parte de los individuos inmersos en el entramado social.

1.1. DE LA MORALIDAD A LOS CRITERIOS ESTIMATIVOS

Pero, ¿a qué apunta esta determinación moral del hombre, de la cual nosotros los seres morales somos los únicos actores y responsables?, ¿qué perseguimos a nivel individual y colectivo con nuestro actuar moral? O expresado desde los términos de Miguel de Unamuno "¿Qué busca el hombre como móvil de conducta moral? "A lo que podemos responder al unísono y en armónica tonada: la felicidad, para ajustar a ella nuestra

¹⁰ SÁNCHEZ VÁSQUEZ, Adolfo. Op. Cit. Pág. 91.

conducta y determinar conforme a ella nuestra actitud moral y espiritual para con la vida a nivel humano, para con la naturaleza y para con el universo todo. De ahí que el punto de partida personal y colectivo de toda valoración moral, no es más que la felicidad¹¹.

De ahí que la característica de todo actuar moral no es más que la pretensión de la realización de lo bueno, la aspiración a la bondad, así como la realización justa de una sociedad y del ser humano a nivel individual y social, no importando el campo en que nos desenvolvamos, ni las características propias de la sociedad que habitemos, o el grupo en el que militemos. A sabiendas que lo bueno varía y que no siempre lo que fue considerado bueno ayer lo será hoy, pues los individuos y las características cambian y la bondad de ellos no está en sí mismos, sino en el hecho moral. No siempre lo que es bueno para unos resulta bueno para otros, ni lo que es considerado bueno hoy lo será siempre, pues a medida que el ser humano y la sociedad se desarrollan, surgen con este desarrollo nuevos preceptos morales que regirán el comportamiento del individuo en determinado momento.

Cuando se expresa, en sentido elogioso desde Aristóteles, que el hombre posee una connotación de racionalidad, o que el género humano se especifica o caracteriza como "*animal racional*", si entendemos con tal definición, que el hombre es capaz de realizar inferencias, cálculos, conjeturas, teorías o suposiciones en torno a nuestra experiencias, y de crear ingenios tecnológicos y teóricos, este juicio aristotélico conserva un alto grado de veracidad; es decir, es cierto que somos seres racionales.

Por el contrario, si por racionalidad apuntamos a la capacidad de estar en armonía con la naturaleza y con nuestros semejantes, es muy dudoso que

¹¹ UNAMUNO, Miguel. Op. Cit. Pág. 37.

seamos seres racionales, recordando en este instante "*la insociable sociabilidad del ser humano*" de la que nos habla el filósofo alemán Immanuel Kant. Entonces, lo máximo que podemos expresar de nosotros, en este sentido, es que podríamos ser racionales o, que somos, desde la perspectiva de José Ortega y Gasset "un proyecto de racionalidad". Es decir, somos seres abiertos a nuevos ideales de perfección.

Esta racionalidad de la que somos depositarios según la primera apreciación que surge del juicio expresado por nuestro filósofo y que como hilo conductor nos transporta o dirige a la segunda valoración, es la que ha llevado a grandes filósofos y moralistas entre otros, a reflexionar desde diferentes perspectivas sobre nuestra vivencia como seres aspirantes a una vida armoniosa, como seres humanos preocupados por aquello que nos es benéfico a nivel individual y colectivo o, retomando los términos de los clásicos, a reflexionar sobre el interrogante "*¿Qué es lo bueno?*" a fin de dirigir a él nuestras acciones, incursionando con esta cuestión en el terreno de la valoración moral.

La historia de la filosofía nos muestra que es en las disertaciones surgidas en la antigua Grecia, precisamente a partir de Sócrates, donde surgen por primera vez estos criterios estimativos del concepto "bueno", al tratar de establecer los principios éticos que buscan direccionar nuestros pasos a buen puerto, intento de solución que nos conduce junto a los primeros filósofos moralistas desde diferentes ópticas a una serie de tentativas de solución, dirigidas todas a establecer una concepción de lo bueno.

Este ejercicio por descubrir aquella formula que nos posibilite una vida más equilibrada y armoniosa y, a sabiendas que lo bueno, por la ambigüedad que este término encierra, "es una cosa que se vive y se siente, y no una

cosa que se razona y define"¹², nos sitúa frente a un conjunto de criterios estimativos que intentan solucionar el problema que nos ocupa, siendo ellas en su orden: el hedonismo cuyo máximo representante es el filósofo Epicuro de Samos , y el utilitarismo propuesto en la Edad moderna por John Stuart Mill. Quienes desde una u otra perspectiva, en su momento histórico, conservan rasgos comunes que nos incitan a la búsqueda y cultivo de ese bien o felicidad a través del placer. Ya que como lo expresa claramente Guisán en la introducción a El utilitarismo de Mill: "El mejor placer,.... constituye la meta del vivir humano, y confiere sentido a los demás placeres, a los sufrimientos y dolores, a los sacrificios momentáneos que tienen sólo valor moral en cuanto encaminados a la consecución de un placer más intenso, más vivo, más profundo"¹³.

Estas discusiones dadas en el mundo griego, en las que figuraba Sócrates a la cabeza, quizás como invitado de honor o regulador de las mismas, fueron sin lugar a dudas, las que dieron nacimiento de modo sistemático a lo que hoy conocemos con el nombre de ética. Al respecto el compilador Hirscheberger dice "La ética griega es siempre una ética de bienes, al menos en la terminología"¹⁴ tal vez haciendo referencia a los términos empleados por los participantes en sus intervenciones y al objeto al que apuntaban aquellas tertulias: "*lo bueno como valor*", "*como felicidad*", "*como placer*", "*lo bueno como autosuficiencia*", entre otras. Deliberaciones que deben su continuación gracias a autores pertenecientes a épocas posteriores, quienes retomando este ejercicio han reflexionado sobre "*lo bueno como buena voluntad*" y "*lo bueno como lo útil*", siguiendo las directrices de los filósofos antiguos.

¹² Ibid. Pág. 89.

¹³ MILL, John Stuart. *El utilitarismo*. Atalaya. Barcelona. 1994. Pág. 15.

¹⁴ HIRSCHBERGERR, Johannes. *Historia de la filosofía*. Antigüedad, Edad Media, Renacimiento. I. Herder. Barcelona. 1994. Pág. 202.

Pero el interrogante en torno a la esencia del bien moral fue en su momento provisional, pues junto a éste surgió de inmediato la inquietud por otro concepto; ¿Qué es la felicidad?. "en griego <felicidad> se dice eudaimonía (εὐδαιμονία), que originariamente significaba haberle tocado a uno en suerte un demonio guardián bueno y favorable, que garantizaba un destino favorable y una vida próspera y placentera"¹⁵. Es conveniente manifestar que este concepto (felicidad) ya había sido fuente de reflexión por parte de algunos pensadores presocráticos como Heráclito y Demócrito entre otros.

Presentamos ahora algunas generalidades de las ideas de los autores que nos ocupan (Epicuro de Samos y Jhon Stuart Mill), las cuales una vez asimiladas y compartidas por algunos seguidores y luego expandidas en la comunidad, se presentan a la posteridad bajo la denominación de doctrinas morales. Para ello utilizaremos una misma directriz: En primer lugar, presentaremos su etimología, seguida de su fundador y seguidores, luego un referente del contexto histórico social y cultural que enmarca la época en que se desarrolla la doctrina, ya que ninguna doctrina puede concebirse como una rueda suelta, desvinculada de la ideología que articula y sostiene los elementos constitutivos de la cultura; para finalizar con una breve tesis de la misma.

¹⁵ REALE, Giovanni y ANTISERI, Dario. *Historia del pensamiento filosófico y científico*. I. Antigüedad y Edad Media. Herder. Barcelona. 1995. Pág. 90.

1.2. PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA TEORÍA HEDONISTA Y DEL UTILITARISMO

1.2.1. Principios básicos del epicureismo

La doctrina que la historia nos presenta como hedonismo, literalmente hablando viene del griego ἡδονή (hedoné); término que significa placer. Así, según este sistema ético se hace del placer en sí, el *telos* de toda actividad realizada por el ser moral. Si bien Epicuro de Samos (341 - 270 a. C) aparece como el exponente más representativo de este sistema, cabe expresar que "fue Aristipo quien, de un modo eternamente claro, propugnó la teoría del placer y su hedonismo será el que dará la orientación fundamental al pensamiento ético de los epicúreos"¹⁶.

Entre los más fieles seguidores de Epicuro están en aquel entonces: Ideomeneo, Metrodoro, Leonteo y su mujer Themisfa, Hedeia, Cleotes, Pitocles, Timocrates y Hermarco (sucesor en la dirección del Jardín a la muerte de su maestro en el año 270 a. C). Este grupo de amigos, alejados del bullicioso y del convulsionado mundo griego se concentraron en un recinto privado: el "Jardín", lugar de paz, con sus propias reglas éticas y una muy particular concepción del mundo, que han de escandalizar al común de las gentes y al pueblo en general, quienes consideraban éste centro, donde se practicaba el "placer" como un antro de perdición, y la filosofía que allí surgía como maléfica, debido a la mala interpretación dada por sus enemigos ideológicos. Y en la modernidad figuran: Jeremías Bentham, John Stuart Mill y de manera más contemporánea Esperanza Guisán, quienes han depurado y adoptado elementos de este sistema ético de una sociedad mínima, en pro de una felicidad colectiva, desde una nueva doctrina ética denominada

¹⁶ HIRSCHBERGER, Johanes. Op. Cit. Pág. 245.

Utilitarismo.

El epicureísmo tiene su nacimiento en la llamada época helenística, aquel período histórico comprendido entre la victoria de Filipo II y Alejandro Magno sobre Atenas, ocurrida hacia el año 338 a. C. hasta la conquista de la ciudad de Alejandría en el 30 a. C. por Cesar y los inicios del Imperio romano; época en la que por un lado se universalizó la lengua y la cultura griega como fruto de las conquistas, y por el otro, se produjeron una serie de cambios a nivel social, político y moral que precipitaron la crisis de la Polis griega. Al respecto Emilio Lledó escribe: "Efectivamente las conquistas de Filipo y Alejandro transformaron el suelo de Grecia y, con ello, el ámbito de referencias del individuo hacia su comunidad"¹⁷, y seguidamente, moviéndose en el mismo contexto "La Polis pierde su autarquía y empieza a sentirse como provincia de un gran imperio, de un vasto e inalcanzable territorio, implica al mismo tiempo el nacimiento de una nueva mentalidad. La Polis significaba, sobre todo, un espacio ideal, una retícula teórica que engarza los comportamientos individuales en una armonía, en un ensamblaje colectivo que permite la proyección del individuo hacia objetos comunes"¹⁸.

En lo concerniente al contexto cultural que enmarca al hedonismo en su momento naciente, podemos expresar que durante el período histórico en que éste se desarrolla, Atenas dejó de ser el centro comercial y cultural - para aparecer Alejandría como tal-, pues junto al crecimiento del Imperio iban surgiendo nuevos centros culturales y comerciales como Rodas, Pérgamo y Babilonia entre otros. Los pensadores de estos nuevos centros se interesaron más por el estudio y especialización de ciencias particulares como: geografía, matemáticas, astronomía, historia, naturales, medicina y artes, que por la filosofía cultivada en la época clásica por Sócrates, Platón y Aristóteles de Estagira.

¹⁷ LLEDÓ, Emilio. Op. cit. Pág. 29.

¹⁸ Ibid., Pág. 29.

Aleandría por ser un puerto estratégico en el Mediterráneo, se erige como el gran centro a nivel comercial, cultural y de investigaciones, hasta el punto de ser llamada "La capital científica del Gran Imperio", a ella acudían hombres de todas las ciudades para entregarse a la formación y aprender las ciencias particulares en los claustros allí existentes. "La ciudad contaba con un museo (palacio de las musas) que era una verdadera universidad con un gran jardín botánico, jardín zoológico, observatorio, sala de disecciones, de conferencias... Además del museo estaba la biblioteca que contenía más de 500.000 manuscritos"¹⁹.

No obstante, los cambios producidos con la irrupción de este período no sólo tocaron los campos antes mencionados, también la filosofía tuvo su revolución, revolución que se evidencia en el nuevo modelo de plantearse los argumentos sobre algunas cuestiones filosóficas.

Con el ocaso de la Polis griega, el ciudadano, convertido ahora en un individuo -tenemos presente que la educación cívica del mundo clásico formaba ciudadanos, mientras que la mentalidad de la época helenística forjaba individuos- ya libre de los vínculos que cimentaban la vida espiritual de la Polis griega y que formaban el punto de referencia del actuar moral que Platón y Aristóteles respectivamente en sus obras República y Política habían confeccionado desde sus discursos teóricos y substancializado al hacer de la Polis el ideal del Estado perfecto, se halla como ciudadano de un inmenso mundo demasiado convulsionado como para sentirse seguro y satisfecho.

Según las anotaciones registradas por Hirschberger "como resultado de la separación entre el hombre y el ciudadano, surge la separación entre ética y

¹⁹ MONTENEGRO GONZÁLEZ, Augusto, SALGUERO CUBIDES, Jorge. y Otros. *Civilización 6*. Serie de ciencias sociales integradas para la educación básica secundaria. Editorial Norma S.A. Bogotá. 1991. Pág. 236.

política"²⁰. Este acontecimiento trajo como consecuencia que la ética se desvincule de la política como ocurría antes de las conquistas alcanzadas por Alejandro y Filipo II y adquiera una base autónoma, basándose en el hombre concebido como individuo, esto es, en su singularidad.

Cabe recordar que con la especialización de la ciencia en saberes particulares los filósofos humanistas de este período (no tan profundos como Sócrates, Platón y Aristóteles) dirigen su interés en la búsqueda de soluciones para el hombre angustiado de la época, ellos, -los helenistas-, figuran ahora entre sus coetáneos y homólogos no ya como los grandes teóricos de la política o sabios dedicados a la especulación pura, sino como modelos a imitar, portadores o maestros de virtud y expertos conocedores del difícil arte de ser feliz. En otras palabras, la filosofía deja de ser la organización científica de todo el saber humano, como ocurría en la época clásica, para convertirse en una especie de sabiduría moralizante o cuasi religiosa, preocupada en esencia, por definir la felicidad y mostrar el camino o descubrir el modo cómo alcanzarla.

Así aparecen en los diversos centros culturales, filósofos con determinadas tendencias en la forma de concebir la vida y orientarla hacia la felicidad anhelada, un nuevo pensar, una nueva filosofía que buscará "abordar la configuración de una nueva forma de colectividad, pues la República platónica o la Política aristotélica no podrán seguir soñando con una organización de la sociedad, si se habían esfumado, con el imperio de Alejandro, las bases sobre las que apoyarla"²¹. Constituyendo de esta manera lo que en la historia de la filosofía se ha denominado Escuelas de la filosofía helenístico-romana, donde el epicureismo será cronológicamente la primera en aparecer.

²⁰ HIRSCHBERGER, Johanés. Op. Cit. Pág. 205.
²¹ LLEDÓ, Emilio. Op. Cit. Pág. 30

La tesis central del hedonismo en general y de modo particular el practicado por Epicuro se halla condensada en el placer, pero, dejemos más bien que sean las palabras del maestro del Jardín, las que nos lo presente: "... precisamente por eso decimos que el placer es principio y fin del vivir feliz. Pues lo hemos reconocido bien primero y connatural y de él tomamos el punto de partida en cualquier elección y rechazo y en él concluimos al juzgar todo bien con la sensación como norma y criterio. Y puesto que es el bien primero y connatural, por eso no elegimos cualquier placer, sino que hay veces que soslayamos muchos placeres, cuando de estos se sigue para nosotros una molestia mayor"²².

De acuerdo con la tesis de este sistema, toda acción realizada por el ser humano y toda empresa que de éste provenga es evaluada, admitida o rechazada por la categoría o valor hedónico que contenga, aunque no es el placer o la felicidad de los hombres lo único relevante para el hedonismo, sino que también a este sistema ético le interesa y en gran escala, el bienestar del hombre a nivel social e individual, pues sería desde el plano hedónico, y desde cualquier otro, un absurdo, algo irracional, o un contrasentido hablar de placer sin hombres y de hombres sin relaciones interhumanas, y por último, de hombres sin un vínculo social como hemos expresado en párrafos precedentes.

Finalizando esta breve presentación del hedonismo, hemos de precisar, sin llegar a agotar con esto el tema -ya que será objeto de reflexión nuevamente a fin de hacer una presentación más profunda, mostrando en ella sus limitantes y objeciones-, que el hedonismo concibe lo bueno y al hombre a través de una contemplación real. De igual manera, sostiene que el hombre posee una inclinación innata desde el plano psicológico que le lanza, como los

²² EPICURO. Carta a Meneceo. En GARCÍA GUAL, Carlos. *Epicuro*. Alianza Editorial. Madrid. 1981. Pág. 137.

atletas en un desafío, a una carrera desesperada hacia la meta, la cual le proporcionará placer o felicidad. Y es justamente en este binomio (placer/felicidad) donde ha de cifrar lo bueno. Por ello, desde esta perspectiva ética, todo lo que el hombre ejecuta es realizado con el único propósito de alcanzar su felicidad.

1.2.2. Principios básicos del utilitarismo

La doctrina que busca la equiparación del concepto bueno con lo útil, se conoce como utilitarismo, concepto que proviene del latín "*utilis*", cuyo significado traducido al español equivaldría a "*lo útil*". Tiene como fundador al filósofo y jurista británico, nacido en Londres en 1748 Jeremías Bentham, título que se le ha otorgado por haber sido él "quien redactó y articuló lo que podríamos denominar el primer borrador de la tesis utilitarista de la moral y de la política que habría de ser en gran medida corregido, matizado y perfeccionado por John Stuart Mill"²³.

Sin embargo, aunque su fundador sea tan reciente cronológicamente hablando en comparación con el hedonismo, es menester señalar que desde inicios del pensamiento filosófico se han encontrado posturas que hoy podríamos catalogar como utilitaristas, sólo basta revisar algunos diálogos platónicos y encontraremos en ellos (Banquete, República, Gorgias, Lisis y Protagoras, entre otros) que los personajes que allí interactúan en momentos determinados asumen posiciones utilitaristas o de conveniencias, aunque no sea en el terreno moral propiamente dicho, lo que deja ver que esta doctrina tuvo predecesores desde tiempos muy remotos.

²³ GUIJÁN, Esperanza. El utilitarismo. En CAMPS, Victoria. *Historia de la ética*. II (La ética moderna). Editorial Crítica. Barcelona. 2002. Pág. 458.

Si bien se ha dado la aceptación de Jeremías Bentham como fundador de este sistema ético a raíz de su meritorio trabajo, hay que hacer dos anotaciones al respecto; En primer lugar, Bentham parte de algunos postulados de David Hume para tal cometido, pues este filósofo e historiador aportó elementos singularmente valiosos a las argumentaciones substanciales del utilitarismo. En segundo lugar, la máxima *La mayor felicidad para el mayor número* con la que se identifica esta doctrina no es de la autoría de Bentham, sino del filósofo irlandés de finales del siglo XVII Francis Hutcheson; aunque reiteramos nuevamente que es con Jeremías Bentham con quien se "constituye el primer momento de la formulación del utilitarismo clásico, por haber establecido los cánones y directrices principales de esta teoría ético-política que ha permeado todo el pensamiento anglosajón, especialmente desde Hobbes en adelante, y de una u otra manera se ha manifestado en múltiples variantes en la filosofía tanto anterior como posterior a Bentham y a Mill"²⁴.

Como principal exponente de esta doctrina moral figura John Stuart Mill, seguido por un gran número de fieles entre los que se destacan filósofos, moralistas, políticos y juristas anglosajones que han hecho de la tesis utilitarista su canon comportamental, así como también pensadores de diferentes naciones, pues el utilitarismo, a pesar de ser una doctrina que no ha gozado de buena prensa por parte de sus opositores, ha penetrado en el pensamiento del hombre perteneciente al siglo XIX.

Al abordar el contexto histórico del utilitarismo depurado podemos expresar que John Mill (1806 -1873), nace en una época en que Europa atraviesa una serie de revoluciones que buscan cambiar el orden existente y dar inicio a nuevas formas de pensar, las cuales representan como es sabido una etapa de cambios profundos y duraderos. Así las instituciones del antiguo régimen

²⁴ Ibid., Pág. 460.

entraron en crisis y terminaron desapareciendo ante el empuje de las ideas liberales, lo que supuso el triunfo del capitalismo en términos económicos. Mientras que en el campo político se reflejó con las revueltas, la implantación de regímenes constitucionales, basados en el respeto de los derechos del ciudadano y en su participación en el poder, a través de las elecciones.

Una de estas revoluciones es la Revolución Industrial, vivida en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII y parte del XIX, la cual provocó una serie de desajustes sociales, económicos y políticos, cambios que se hicieron visibles a través de la migración de masas trabajadoras del campo a las ciudades, incrementando así la población de las urbes y la saturación del mercado, aspectos que originaron en un primer momento el cierre de las empresas y el desempleo; luego, un gran número de obreros sumidos en la miseria, en condiciones pésimas de seguridad y de "*modus vivendi*", lo que produjo el surgimiento de organizaciones obreras como los sindicatos, y teorías tendientes a abolir la propiedad privada y en su lugar establecer la social -entre estas teorías figuran el comunismo, el socialismo y el anarquismo-. Y en última instancia la consolidación de la sociedad de clases.

Otra revolución con gran repercusión en la ideología del joven Mill fue la Revolución Francesa, considerada como el modelo clásico de revolución burguesa, puesto que ésta consiguió llegar al poder desplazando a la aristocracia y liquidando a las instituciones del antiguo régimen que concentraba los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, estableciéndose así el nuevo orden político propuesto por Montesquieu; proceso en el que las diferentes facciones de la burguesía, el campesinado y las clases populares urbanas, cuyos intereses nunca han coincidido, lograron participar.

Entre los logros obtenidos por la Revolución Francesa figuran la redacción de la Declaración de los derechos del hombre y del Ciudadano, en donde se

defiende la libertad de pensamiento, incluso la religiosa, eliminando la uniformidad y el dogmatismo del antiguo régimen. Se estableció también un nuevo marco de convivencia social basado en la existencia de derechos individuales (la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión). Entendiéndose la libertad en un sentido negativo, la cual consiste en hacer todo lo que queramos siempre y cuando no lesione o coarte la libertad de los demás.

Otro beneficio, fruto de la Revolución Francesa fue la aceptación de la definición de ley como expresión de la voluntad general esbozada por Juan Jacobo Rousseau, entendida esta definición como la manifestación de la soberanía nacional y garantía de los derechos del individuo. Aspectos que conllevan a un sistema democrático.

Como resultado de la Revolución Industrial y de la Francesa, frutos del crecimiento acelerado del capitalismo, se da hacia el año de 1846, una revisión obligada del liberalismo, a causa de las mismas circunstancias por las que atravesaba Europa, generándose un replanteamiento de la naturaleza y funciones del Estado, naturaleza de la libertad y la coacción legal, debido a "la revelación de la brutalidad existente en las minas el empleo de mujeres y niños, las horas bárbaramente largas de trabajo, la ausencia de recursos de seguridad y la existencia de condiciones repugnantes, sanitarias y morales"²⁵. Lo que significó un replanteamiento social de la teoría liberal, el cual conllevó a un despertar intelectual del radicalismo filosófico que permanecía sumergido en un estado de dogmatismo.

²⁵ SABINE, George. *Historia de la teoría política*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México. 1994. Pág. 526.

John Stuart Mill, militó en la corriente de los filósofos radicales inducido por su padre. Después de la muerte de éste, logró su propia línea de enfoque ético, su ética "fue importante para el liberalismo porque en efecto abandonó el egoísmo, supuso que el bienestar social concierne a todos los hombres de buena voluntad y consideró la libertad, la integridad, el respeto a la persona y a la distinción personal como bienes intrínsecos aparte de su contribución a la felicidad"²⁶. Con lo anterior, se deduce que el joven Mill era partidario de la idea que detrás de un gobierno liberal subyacía una sociedad liberal.

Recapitulando lo anterior, vemos como este cúmulo de circunstancias por las cuales atravesó Europa y vivió de manera directa o indirecta John Mill durante este período decisivo para la historia, se hayan reflejadas en su pensamiento además de ser el fundamento de su reflexión a nivel jurídico, político y ético; al mismo tiempo que muestra la diferencia entre el utilitarismo postulado por Jeremías Bentham y el promulgado por Mill, en aras de un bienestar social, o hablando en términos hedónicos, un hedonismo universal.

Expone Mill: "El credo que acepta como fundamento único de la moral la Utilidad, o el Principio de la mayor Felicidad, mantiene que "las cosas son correctas (right) en la medida en que tienden a promover la felicidad, incorrectas (wrong) en cuanto tienden a producir lo contrario a la felicidad"²⁷.

Con estas líneas extraídas de la obra cumbre o pequeña Biblia de los utilitaristas, queremos presentar de manera directa y clara los postulados que rigen la conducta de los militantes de éste sistema ético, para quienes el goce y la eliminación de todo sufrimiento se convierten en los dos fines deseables de todo ser sintiente.

²⁶ Ibid. Pág. 514.
²⁷ MILL, John Stuart. *El utilitarismo*. Pág. 45.

Así las apuestas por la justicia, la libertad, la igualdad, o por cualquier otro ideal noble para el ser humano, resultan hedónicas desde una perspectiva epicureista y utilitarista, sí y sólo sí se produce de su realización una consecuencia placentera o felicidad para el hombre dado a su lucha y para otros, aptitud que se haya en consonancia con el hedonismo universal que busca una felicidad para mí y los demás, quienes conforman la gran mayoría o "el mayor número".--

2. CONCEPCIONES FILOSÓFICO-MORALES SOBRE LA FELICIDAD DESDE LA PERSPECTIVA DE EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUART MILL

Si bien la filosofía en cada uno de sus autores tiene en su génesis un trasfondo o un carácter donde se polemizan o profundizan las ideas de un autor precedente, actitud en la que se refleja la reacción o el enfrentamiento para con su tesis toda o uno de sus postulados, la del filósofo de Samos y la de John Stuart Mill, aunque con estilos diferentes en la presentación de sus ideas, no parecen ser la excepción en esta constante.

2.1. EPICURO

"La filosofía de Epicuro parece consistir en un esfuerzo por establecer una nueva forma de diálogo y de inteligencia *a diferencia de Platón y de Aristóteles* sobre el sentido de la vida y de la felicidad"²⁸. Luego concebidos sus escritos al igual que los de el fundador del Liceo y el de la Academia, como una teoría, en este caso, desde una perspectiva moral, como la teoría del hombre y su destino en el cosmos, sus escritos nos presentan de manera clara los cimientos sobre los que se erige una nueva filosofía, la filosofía de la vida, filosofía que trasciende los supuestos ideológicos que prevalecían en la época helenística.

²⁸ LLEDO, Emilio. Op. Cit. Pág. 44. (La cursiva es nuestra).

En esta labor, Epicuro no polemiza tanto contra las ideas sostenidas por Aristóteles, sino contra los postulados platónicos, tal como se refleja en esta síntesis del pensamiento del "*Filósofo del Placer*", expuesta por García Gual:

Para Epicuro existe un único mundo, sensible y material, y un único conocimiento de lo real, fundado en la sensación de nuestros sentidos, de los que el básico es el tacto. El alma, sostiene Epicuro, es también corporal y con el cuerpo parece al disgregarse sus átomos; existen los dioses, pero, a diferencia de los postulados por Platón, no tienen que ver ni con los astros ni con la teleología universal, son seres apáticos y ociosos, arrinconados en los espacios intercósmicos; los placeres básicos son los del cuerpo, los de la carne; la moral es humana y relativa; el bien no es algo objetivo y trascendente, sino que está siempre referido al placer; y, en fin, la sociedad utópica de la República no le conmueve al epicúreo²⁹.

Además, por formar parte de toda aquella amalgama de reflexiones llamada filosofía helenística, la que pretende desde sus diferentes representantes definir la felicidad y el modo cómo merecerla, su orientación básica es la ética, no obstante, haya en su interior cabida para el estudio de diferentes saberes, saberes estos que, de una u otra forma servirán de ayuda al hombre angustiado y por lo tanto han de confluir o desembocar en esta disciplina que persigue un sereno vivir para el ser sintiente.

No sabemos con precisión la conformación del Jardín, lo que si sabemos con certeza, gracias a los hallazgos y descubrimientos es que Epicuro, escribió a amigos, a seres reales, a quienes expone cumpliendo su solicitud, en forma sobria los frutos intelectuales que en este "mundo feliz e ideal" se iban gestando, a fin de que ellos tengan un conocimiento de lo más esencial de estos opúsculos y por medio de ellos puedan conseguir la paz interior y la felicidad que pretenden alcanzar en medio de un mundo agitado por los avatares políticos, sociales y culturales de éste período.

²⁹ GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit, Pág. 73.

Estos textos epicúreos, al igual que sus mensajes y resúmenes - al menos en los escritos de ética -, no presentan la oscura y cargada estructura que caracteriza a un texto filosófico, como los de Aristóteles, Kant, Heidegger, Nietzsche, Wittgenstein, Feuerbach, Hegel, Foucault, por citar algunos. La Carta a Meneceo, los aforismos de las Máximas capitales, de las Sentencias Vaticanas e incluso la Carta a Heródoto, y a Píctocles, en las que emplea una terminología atomista, no ofrecen al lector esos inconvenientes al interior del texto, los que si pululan en las obras de los filósofos mencionados y que constituye un continuo reto a sus intérpretes, como si el trabajo de la filosofía fuese hacer inentendible lo que es palpable.

Lo que nos interesa del mensaje epicúreo, se nos presenta en un lenguaje inmediato, bajo la figura de exhortaciones personales, para cuya interpretación no tenemos que recurrir a principios metodológicos necesarios para la exploración de otros textos filosóficos.

Efectivamente, las proposiciones que componen el *Corpus Epicúreo* no plantean, para su inmediata inteligencia, grandes problemas de interpretación. La sencillez de muchas de sus exhortaciones morales manifiesta, una perspectiva diferente de aquella que señalaba la filosofía de Platón o de Aristóteles. Es en este cambio de perspectiva precisamente, donde radica la originalidad del pensamiento de Epicuro.

Epicuro escribe cartas dirigidas a amigos concretos deseando ayudarles en la edificación de su propia intimidad. Las primeras líneas de la Carta a Heródoto anuncian su propósito de resumir algunas de sus teorías: "Para quienes no pueden, Heródoto, examinar con precisión cada uno de nuestros escritos a cerca de la Naturaleza, ni tampoco estudiar por entero los libros enteros de los que los constituyen, he preparado yo mismo un resumen de la exposición de conjunto, a fin de que, al menos puedan retener en la memoria

los principios más importantes de modo suficiente para que sean capaces de socorrerse a sí mismos en cualquier oportunidad con las reglas fundamentales, en cuanto se acojan a la teoría de la Naturaleza"³⁰. Labor que claramente denota el cambio de perspectiva de su pensamiento, pues el resumen de ideas filosóficas que Epicuro recapitula en dicha carta constituye aquellas primicias imprescindibles, para que nuestra vida alcance la armonía adecuada entre lo que suponemos es la naturaleza donde nos desarrollamos y las relaciones de nuestra propia naturaleza para con ella, o expresado esto en un lenguaje filosófico y bastante desgastado, entre el binomio teoría/praxis.

Así, se refleja como el saber teórico constituye la base del práctico y, vale para conseguir una vida serena. Pues todo aquello que contribuye a modificar esa armonía distorsiona nuestro mundo interior, nuestra cognición de los fenómenos y nuestra relación con la naturaleza, al respecto Epicuro comunica, digamos que de manera enfática en la mencionada carta: "Por tanto, este método es provechoso para cuantos se dedican al estudio de la Naturaleza, yo, que recomiendo la continua actividad en este estudio natural, y sobre todo la serenidad en la vida que con ella se alcanza, he compuesto para ti semejante resumen y compendio elemental de mis teorías de conjunto"³¹. Planteamiento metodológico, que abrevia las ideas centrales de su teoría para que sirvan de orientación a nuestras acciones. Estos principios filosóficos deben guardar proporción con nuestra misma naturaleza, así su mnemotécnica da al conocimiento una especie de asimilación entre nuestra naturaleza exterior e interior, de modo que una vez conocida, sea asociada en nuestro ser para formar parte de nuestra sensibilidad, y de nuestros comportamientos.

³⁰ EPICURO. Carta a Herodoto. En GARCÍA GUAL, Carlos. *Epicuro*. Editorial Alianza. Madrid. 1981. Pág. 90.

³¹ *Ibid.*, Pág. 91.

Así, como resultado de este ejercicio dialéctico se nos presentan sus Máximas capitales, esos consejos oportunos que no dialogan ni preguntan, sino que responden imparcialmente a un interlocutor inquieto que busca en ellas, el norte en el camino de sus actuaciones individuales, que nos conduce a la felicidad. Convirtiéndose ellas, después de asimiladas y memorizadas, en guías de conducta, en patrones comportamentales tendientes a conseguir aquello que constituye la base de todo saber, el cual desde la perspectiva aristotélica es el bien, quien "es ciertamente deseable cuando interesa a un solo individuo; pero se reviste de un carácter más bello y más divino cuando interesa a un pueblo y a un Estado entero"³², y que al momento de denominarlo se da entre los sabios y la multitud "un consentimiento general: este bien es la felicidad"³³, como bien se expresa en los inicios de la *Ética nicomaquea* y, desde la epicúrea: la tranquilidad de ánimo que origina la vida feliz.

Estas Máximas poseen un carácter privado. Hablan a un hombre separado del ámbito colectivo. Ellas introducen en lo más íntimo del individuo el núcleo de una solidaridad teórica, donde su aceptación y cumplimiento supone identificarse con un universo ideal, conformado por personas conscientes y dóciles a los límites de su propia individualidad, relacionándose con otros por vínculos afectivos, en esta nueva doctrina que habla al individuo y a su felicidad.

³² ARISTÓTELES. *OBRAS. Ética nicomaquea*. Aguilar. Madrid. 1977. Pág. 1172.

³³ *Ibid.*, Pág. 1173.

2.2. JOHN STUART MILL

Realizando un gran salto en la historia, sin llegar a mutilar el legado de los autores notamos que Mill, en tiempos contemporáneos, con un profundo conocimiento de los antiguos y sin llegar a construir una escuela como la erigida por Epicuro en tiempos helenísticos, profesa a través de sus reflexiones el mismo anhelo del filósofo de Samos, al que agrega un elemento más: no la felicidad del individuo como en aquel, sino la de la comunidad toda. Ello a través de la máxima que reza como eslogan en el utilitarismo: *La mayor felicidad para el mayor número.*

Lo anterior es concebido por Mill a raíz de las circunstancias histórico sociales mencionadas en el capítulo precedente, aunando a ellas el carácter utilitarista que como buen pragmático espera de toda acción, y el entusiasmo por los antiguos inculcado por su padre, cuyo canon moral se identificaba con el de Epicuro, como lo atestigua J. Stuart Mill en su autobiografía: "su criterio exclusivo para averiguar lo que era bueno y lo que era malo era el ver si las acciones tendían a producir placer o dolor"³⁴ Ejemplo de ello son las máximas con las que el viejo Mill buscaba adoctrinar al joven, las cuales dirigidas al alumno le exhortaban en el momento oportuno, al igual que en el filósofo de Samos, a la práctica de valores íntegros: "los valores morales que su padre incorporaba a sus enseñanzas eran fundamentalmente los de los "Socratici viri". Discípulos de Sócrates -: Justicia, templanza (virtud ésta que tenía para él una amplia esfera de aplicación), sinceridad, perseverancia, disposición para afrontar el dolor y, especialmente, el trabajo, respeto por el bien común, estimación de las personas de acuerdo con sus méritos, y de las cosas de acuerdo con su utilidad intrínseca; una vida de esfuerzos, en oposición a una vida de dejación y de abandono"³⁵.

³⁴ MILL, John Stuart. *La autobiografía*. Alianza. Madrid. 1986. Pág. 70.

³⁵ Ibid., Pág. 70

Su mentalidad señala el marcado grado de honestidad intelectual a la filosofía nacional en la que había sido formado, de igual manera el esfuerzo por revisar el utilitarismo, la concepción de libertad personal sostenida por Bentham -quien sostenía que la felicidad del individuo era proporcional a los intereses de la humanidad, por lo tanto ir en contravía de los deseos individuales implicaba ir contra la humanidad de la que ese individuo era un militante más-, y por tomar en cuenta la filosofía social de Comte, quien profesaba entre otras cuestiones, que la sociedad estaba edificada como lo sostiene santo Tomás, sobre un sistema de creencias, donde el individuo es sociable por naturaleza y no por utilidad, destacándose la primacía de lo intelectual sobre lo instintivo y lo afectivo. Aunque cabe ratificar que la filosofía de Mill "es un esfuerzo por modificar el empirismo en el que había sido formado tomando en cuenta el punto de vista, muy distinto, de la filosofía alemana kantiana y poskantiana"³⁶. Aspecto este que refleja su originalidad.

El texto de nuestro autor anglosajón, en lo concerniente a la ética es un tanto exigente, pero no es complicado como los párrafos éticos kantianos, ni tan sencillo como los de Epicuro de Samos, en su interior se vislumbra la pretensión de una comunidad en la que todos sus individuos alcancen la felicidad por medio del placer - Situación por la que según la interpretación de algunos lectores, le ubicaríamos en el listado de los autores idealistas -, felicidad que para su consecución es admisible el sacrificio del interés de uno de sus integrantes en aras del colectivo, pues lo que se busca a fin de cuentas es el bienestar de todos. Por lo tanto la posición de "idealista" sería discutible.

En los primeros escritos de John Stuart Mill a diferencia de los de Epicuro, aparece marcada esa densidad intratextual que caracteriza a los textos

³⁶ SABINE, George. Op. Cit. Pág. 513.

filosóficos. Al respecto Sabine expresa; "sin exagerar demasiado, podría decirse que sus libros siguieron una fórmula. En casi todos los temas, comenzaba con una declaración general de principios que, literalmente y en sí misma, parecía tan rígida y tan abstracta como la de cosas escritas por su padre"³⁷, aunque después realizara a raíz de ello, algunos replanteamientos a su tesis, en los que expresaba al lector su posición original, desligada ya de los fundamentos de su padre y de otros autores a los que debía su formación intelectual.

Un rasgo que vale la pena traer a colación es que John Stuart Mill no se propuso ofrecer como todo filósofo un modelo ético a seguir, ni formular una teoría, ni una norma comportamental, más bien su interés se enfocó en defender la teoría ética en la cual nació y se formó por el celo de su padre, sin llegar con ello a una radicalización del utilitarismo planteado por Bentham; de ahí la honestidad nacional e intelectual atribuida al filósofo británico en párrafos precedentes.

En esta asidua defensa, en su incesante búsqueda de un sistema ético que diese cuenta de las acciones registradas en la vida de aquel momento, con un profundo conocimiento en lo referente a los postulados éticos que le precedían, y debido a la profundidad intelectual que le caracterizó se propone diferenciar y superar el utilitarismo formulado por Bentham, del que su padre fue militante.

A la luz de lo anterior, se vislumbra si damos un vistazo a su obra cumbre: El Utilitarismo, que lo novedoso en nuestro autor es sustituir el fundamento jurídico filosófico defendido tanto en el utilitarismo Benthamiano caracterizado por un tinte netamente político, por un fundamento o soporte ético cuya base sólida fuese la defensa de los principios subyacentes:

³⁷ Ibid., Pág. 513.

justicia, igualdad, libertad, dignidad, entre otros, que aproximase a la sociedad a la consecución de la felicidad para la gran mayoría de sus componentes. Además de acrisolar las ideas erróneas que surgían en la masa común a raíz de la mala interpretación sobre este sistema ético, y dar respuesta a las críticas de los opositores del sistema en mención.

2.3. ELEMENTOS HEDÓNICOS EXISTENTES EN EL EPICUREISMO

Los textos en los que el filósofo de Samos nos trasmite su legado se nos presentan en primera instancia organizados en tres grandes bloques; la canónica, la física y la ética, en este último se centrará nuestra atención. Ésta se halla conformada por la Carta a Meneceo, y aquellas cuarenta sentencias conocidas con el nombre de Máximas Capitales, constituyendo los textos más conocidos de su ética; aunque también son relevantes las Sentencias a cerca del sabio, los Fragmentos y Testimonios -46 en conjunto-, consignados por García Gual en su texto titulado: *Epicuro o Sobre la felicidad*, aunando a este conjunto algunos apotegemas registrados por el mismo autor en su opúsculo *Epicuro* y el *Gnomologio Vaticano* o *Sentencias Vaticanas*, texto constituido por 81 exhortaciones de índole ético, que si bien le son atribuidas en su totalidad, hay en su interior algunas de la autoría de Hermarco y Metrodoro, sus discípulos inmediatos.

Afirmación del placer del cuerpo, sensación, sensibilidad y amistad, en conjunto con los binomios: inteligencia/mente, lenguaje/arte, conocimiento/sabiduría, son los elementos que resuenan en todo el corpus ético epicúreo, los cuales serán los pilares sobre los que se erigirá, en aquel caos que azota a la Atenas de su época, la doctrina epicúrea, con el único propósito de lograr la felicidad para el individuo deseoso de ella, en donde la filosofía se presenta a través de la autonomía o *autarkeia* y la tranquilidad del ánimo o la

ataraxia, para quien se dedique a ella como bálsamo para el alma o como elemento de ayuda para procurar a éste una vida feliz. Pues esta actividad reflexiva se presenta en el filósofo de Samos a diferencia de sus antecesores, como un proyecto inacabado de vida; "Nadie por ser joven vacile en filosofar ni por hallarse viejo de filosofar se fatigue. Pues nadie está demasiado adelantado ni retardado para lo que concierne a la salud de su alma. El que dice que aún no le llegó la hora de filosofar o que ya le ha pasado es como quien dice que no se le presenta o que ya no hay tiempo para la felicidad"³⁸.

2.3.1. El placer

La conquista del placer y por consiguiente la evitación de toda experiencia que signifique su contrario, aparece como el primer elemento hedónico de la doctrina epicúrea, además de ser el precepto vital de las acciones, el *telos* que regirá la vida de todo aquel que milite en este sistema ético, o como diría Platón y Aristóteles: el bien supremo al que tienden cada una de nuestras acciones. No dejando de reconocer que en Aristóteles el placer no es la felicidad, sino una parte de ella.

Es menester recordar que el hedonismo propuesto y defendido acérrimamente por Epicuro difiere de aquel practicado por los cirenaicos, cuyo fundador y máximo representante en el mundo helénico fue Aristipo de Cirene, para tal fin remitimos al lector a una hojeada del opúsculo de Carlos García Gual, titulado Epicuro, en los párrafos dedicados a tal tema, encontrado en las páginas 149-155.

³⁸ EPICURO. Carta a Meneceo. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 135.

El filósofo de Samos, nos persuade a que en nuestra apasionada búsqueda de la hedoné mantengamos la calma y el reposo que caracteriza a la vida buena, además de tener presente la marcada diferencia existente entre aquellos placeres que él considera naturales y necesarios, entre los que figuran el calmar las necesidades corporales que nos son propias -sed, hambre, calor, frío-, de los naturales y no necesarios, como el seguir entregados a los anteriores una vez eliminado el dolor que causa esta necesidad, y de los que no son naturales ni necesarios, donde se hallan entre otros el honor, la fama, la acumulación de riquezas, la vanidad, al respecto persuade a Meneceo y junto a él a todo aquel que leyese la epístola a él dirigida a precisar nuestros objetivos y el rumbo al que dirigimos nuestras opiniones, a fin de que el camino se nos haga más certero y tranquilo, "ya que un firme conocimiento de estos deseos sabe, en efecto, referir cualquier elección o rechazo a la salud del cuerpo y a la serenidad del alma, porque esto es la conclusión del vivir feliz"³⁹.

Lo anterior deja ver la radical importancia que según nuestro autor, genera el diferenciar estos placeres, debido a los beneficios, dependencias e insatisfacciones que conlleva su obtención al individuo que a ellos se entregue, bien sea por su difícil realización o por la reducción de la autonomía en éste, al respecto escribe a modo de cápsula para alcanzar la salud y por consiguiente la serenidad del alma, en su famoso fragmento 35: "Reboso de placer en el cuerpo cuando dispongo de pan y agua. Y escupo sobre los placeres de la abundancia no por sí mismos sino por las molestias que le siguen"⁴⁰.

Epicuro al conjunto de bienes y placeres que constituyen la felicidad corporal del hombre, añade un elemento superior, el cual le distancia en gran medida

³⁹ Ibid., Pág. 136.

⁴⁰ EPICURO. fragmentos y testimonios escogidos. GARCÍA GUAL, Carlos. *Epicuro. Sobre la felicidad*. Editorial Norma. Santafé de Bogotá. 1995. Pág. 36.

de los cirenaicos en su itinerario hacia un estado feliz y le proporciona al individuo esa tranquilidad de ánimo indispensable para sentirse dichoso como criatura racional: las satisfacciones morales e intelectuales, los placeres del alma, quizá recordando los criterios aristotélicos que hacen referencia a la actividad propia del ser humano en lo concerniente a la felicidad, y a la que el estagirita dedica casi la totalidad del libro décimo de su *Ética Nicomaquea*. Sumando a ello la permanencia de estos goces en el individuo no sólo en el momento presente sino su base en el pasado y la proyección hacia el futuro, en contraposición del goce fugaz que proporcionan los placeres de tipo corporal.

A raíz de lo anterior, el maestro del Jardín exhorta a todo aquel que avance hacia este estado feliz y placentero al cultivo de nuestras potencialidades superiores cuando escribe la *Máxima Capital 21*: "Quien es consciente de los límites de la vida sabe cuán fácil de conseguir es lo que elimina el dolor por una carencia y lo que hace lograda una vida entera. De modo que para nada reclama cosas que traen consigo luchas competitivas"⁴¹. Y en la precedente manifiesta con similar invitación a aquel que acuda a ellas en busca de una respuesta oportuna para dirigir sus pasos a ese gran barco llamado felicidad, en donde la mente una vez asegurado el fin de nuestra naturaleza y clarificado nuestros deseos, al igual que un viento suave dirige nuestro barco a feliz puerto: "La carne concibe los límites del placer como ilimitados y querría un tiempo ilimitado para procurárselos. Pero la mente, que ha comprendido el razonamiento sobre la finalidad y límite de la carne, y que ha disuelto los temores de la eternidad, nos consigue una vida perfecta. Y para nada necesitamos ya de un tiempo infinito. Pues no rehuye en modo alguno el placer; ni cuando los acontecimientos disponen nuestra marcha de la vida, se aleja como si le hubiera faltado algo para el óptimo vivir"⁴².

⁴¹ EPICURO. *Máximas capitales*. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 43.

⁴² *Ibid.*, Pág. 42.

Así, sostiene Epicuro que el placer del alma -que es superior al del cuerpo- resulta y existe porque la carne ha gozado en un tiempo pasado del deleite de que se trata y aguarda la expectativa de seguir gozando a pesar de las adversidades que se nos presenten en el futuro, pues como él mismo lo ha expresado, el goce intelectual no se limita al momento actual, sino que se dilata a lo pasado y a lo porvenir. Es decir, que el placer del espíritu se asentaría en el recuerdo del pasado y en la esperanza de seguir gozando del mismo placer -así sea por medio del recuerdo- en lo sucesivo.

Aunque la felicidad humana se representa como la sumatoria de los placeres naturales y los del alma, en Epicuro se ve una preferencia del placer del alma, al que llama placer en reposo, sobre los placeres corporales, llamados placeres cinéticos, pues la felicidad que propone se identifica con un estado exento de dolor corporal y lleno de paz en el alma, una vez ésta ha desplazado las inquietudes y perturbaciones que afectan la ataraxia del alma que el hombre busca sin escatimar esfuerzos.

Al aceptar Epicuro la hedoné como el objeto, de la conducta humana admite evidentemente en primer término la negación del hedonismo vulgar planteado por Aristipo de Cirene y practicado por sus discípulos. Al respecto García Gual testifica: "El hedonismo de Epicuro está a la defensiva. No se persigue el placer desenfrenado y frenético, sino el placer que surge de la eliminación del dolor, la serenidad de ánimo y la dicha suave. Se trata de un hedonismo domesticado, razonado y razonable, de una cordura que, apuntando al placer como objetivo último, se encamina hacia la eudaimonía por una senda ascética y calculada"⁴³, así como también rechaza cualquier tipo de idealismo ético, que ubique el fin del hombre en algo trascendental, como es el caso de Platón, a quien critica constantemente.

⁴³ GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 186.

Es de radical importancia en lo que al placer se refiere, aquella característica propia de toda criatura sintiente: la sensación. La cual en nuestro filósofo cumple la función de precepto o criterio de verdad entre el individuo y la naturaleza circundante, o bien se presenta como la base de todo conocimiento. Ésta "que nos da a través de nuestros sentidos los datos originales es el primer criterio de veracidad y, en cuanto tal, es irrefutable"⁴⁴, escribe García Gual, interpretando al "Filósofo Moralista".

Esta sensación a la que Epicuro da el papel de juez ante las situaciones que se nos presentan, tiene su base en los límites estrictos de nuestra corporeidad por medio de una impresión de aceptación o rechazo que nos coloca en contacto con el mundo que nos rodea como seres actuantes, y que nos lanza a pensar la realidad circundante a través de nuestro cuerpo, al respecto Emilio Lledó afirma: "El origen, pues, de todo acto humano, de toda reflexión, de todo contacto con la realidad es la indudable certeza de la sensación, ella es el principio de todo criterio de conocimiento, que nos pone su inconfundible seguridad en el principio de toda vida y de todo saber. Esa vuelta al cuerpo nos enseña, entre otras cosas, que él es el sustento de toda cultura, de toda historia, de toda realidad"⁴⁵.

Aparte de la sensación, aparecen en el maestro del Jardín, la inteligencia y el razonamiento, como elementos que figuran entre los medios eficaces para el ser sintiente que emprende sus pasos hacia aquel estado y fin de la naturaleza, que los griegos llamaron eudaimonía.

⁴⁴ Ibid., Pág. 78.

⁴⁵ LLEDÓ, Emilio. Op. Cit. Pág. 90.

2.3.2. El conocimiento

Como segundo elemento hedónico existente en la doctrina de Epicuro, situamos el conocimiento. Ya que, en lo que se refiere a la obtención del placer nos dice que nuestro bien puede ser realizado a través de la filosofía. Este juicio es aceptado una vez entendido el fin práctico que nuestro autor da a la especulación filosófica: "Vana es la palabra de aquel filósofo que no remedía ninguna dolencia del hombre. Pues así como ningún beneficio hay de la medicina que no expulsa las enfermedades del cuerpo, tampoco lo hay en la filosofía si no expulsa las dolencias del alma."⁴⁶, escribe Epicuro en el aforismo 2 de los Fragmentos y testimonios escogidos. Pues de cara a un mundo bastante perturbado por la angustia que produce la inestabilidad fruto del orden social, el temor frente a las supersticiones y las falsas interpretaciones que giran en torno a los fenómenos naturales, asociando a ello la marcada servidumbre reinante en su época, el filósofo figura ante los componentes comunitarios, desempeñando el papel de galeno, al poseer un potente antídoto, representado en todo aquello que expresa y en su forma de actuar, librando al hombre con su binomio teórico/práctico, de la enfermedad que, como un gran flagelo se apodera de la sociedad y no le deja ser feliz.

A raíz de lo anterior se requiere saber las causas de las cosas, es decir, un conocimiento certero de su naturaleza a fin de erradicar en el individuo los temores y falsas creencias que imposibilitan la tranquilidad del alma. Por ello, nuestro filósofo se da a la empresa de desmitificar el equívoco, por no decir erróneo principio de los tres temores vigentes en el hombre: el miedo a la muerte, a los fenómenos celestes y a la divinidad, esta labor es emprendida a través de la filosofía atomista promulgada por Demócrito de Abdera, quien consideraba a los átomos como los elementos constitutivos de toda la

⁴⁶ EPICURO. Fragmentos y testimonios escogidos. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 31

realidad.

Ahora, si por un impulso innato estamos destinados a buscar el placer, como lo afirma Epicuro en el momento de justificar su tesis, sin una deliberación, fruto del conocimiento nos es imposible trascender los goces hedónicos que nos propone el mundo exterior, y más absurdo aún certificar los restantes placeres necesarios para la felicidad. Es así que la filosofía aparece en Epicuro no como un mero saber teorizante sino como una actividad presta a proporcionar felicidad a la vida, tal como nos lo testimonia él mismo en el aforismo 1 del texto acabado de citar "La filosofía es una actividad que con palabras y razonamientos proporciona una vida feliz"⁴⁷, al suministrar -sin llegar a hacer las veces de alacena-, al ser que se da a su cultivo las herramientas anímicas imprescindibles para el buen vivir.

No sólo el saber filosófico es en Epicuro el elemento desmitificador de las falsas concepciones que giran en torno a la naturaleza, sino que junto a éste aparece el estudio de los fenómenos naturales. Muestra de ello son las cartas dirigidas a Heródoto, y a Pítocles, junto con algunos aforismos en los que se comprueba su marcado interés por el estudio de los fenómenos celestes, y del mundo físico. "Si nada nos perturbaran los recelos ante los fenómenos celestes y el temor de que la muerte sea tal vez algo para nosotros, y además el desconocer los límites de los dolores y los deseos, no necesitaríamos de la investigación de la naturaleza"⁴⁸. Escribe Epicuro en la Máxima Capital 11.

Corroborando lo anterior "Te estimo dichoso, Apeles, porque limpio de toda cultura te entregaste a la filosofía"⁴⁹, escribe Epicuro en el primer fragmento y

⁴⁷ Ibid., Pág 31.

⁴⁸ EPICURO. Máximas Capitales. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. cit. Pág. 41.

⁴⁹ EPICURO. Fragmentos y testimonios escogidos. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. cit. Pág. 32.

testimonio escogido por García Gual, donde manifiesta su rotundo rechazo para con la educación impartida por sus homólogos fundadores de escuelas, pues ésta iba dirigida a fomentar falsas opiniones y esperanzas ilusorias, que eran considerados como irrisorios para la anhelada felicidad. Ello se visualiza claramente en una reflexión realizada por García Gual al respecto: "Por eso el epicureismo se enfrenta a la cultura tradicional sin ambages. No tanto a la cultura como progreso material, y como logro civilizador -que los epicúreos aceptaban plenamente, y en esto se distingue su rechazo del predicado por el cinismo-, sino a la paideía como repertorio de ideales y normas de conducta. El ataque epicúreo se dirige directamente contra la cultura helénica, y contra la educación tradicional como vehículo de transmisión de los valores culturales"⁵⁰, y no como la actitud liberadora que trae la filosofía consigo.

En cuanto a los temores hacia la muerte, la divinidad y los fenómenos naturales en el individuo, que se nos presentan según la creencia popular como premios o castigos. Epicuro los exhibe como absurdos e injustificados, pues cada uno de ellos es erradicado a través de la ciencia, sea filosófica o cosmológica, las cuales ofrecen una explicación detallada de su acontecer, eliminando así toda esa oscura sombra de angustias y aflicciones que nos envuelve cuando no se tiene una certeza de su razón de ser. De ahí que el saber se convierta para Epicuro en una herramienta o en un método sereno para adquirir la tranquilidad de ánimo y la felicidad que buscamos. Por eso no pudo escribir más acertadamente en su fragmento 20 "El hombre es infeliz ya por el temor, ya por el deseo ilimitado y vano. Quien a esto ponga brida puede procurarse la feliz sabiduría"⁵¹.

⁵⁰ GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 60.

⁵¹ EPICURO Fragmentos y testimonios escogidos. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 34

2.3.3. La amistad.

La felicidad propuesta por Epicuro supone serenidad, conocimiento y compartir. Hemos visto hasta el presente, como los dos primeros aspectos se logran por medio de la obtención de aquellos pequeños placeres y la erradicación de los temores hacia la divinidad, la muerte y los fenómenos celestes, aspectos que, juntos van encaminados a mantener o preservar la salud del cuerpo y la tranquilidad o serenidad del alma. Así, uno de los ejercicios exigidos para conquistar este ideal de vida epicúrea, a los militantes del Jardín, alejados del bullicio que envuelve a sus contemporáneos, en cuanto les era posible, era abstenerse, acatando la observación registrada por el maestro en el aforismo 58 de las Sentencias Vaticanas, de participar de la vida política y de aquellos actos que bien en el presente o en el futuro se convertirán en un impedimento a éste fin de la humanidad en su perspectiva corporal o espiritual: "Hemos de librarnos de la cárcel de los intereses que nos rodean y de la política"⁵² y gustaban del placer, fruto de la conversación y del goce de los amigos.

Si bien hemos presentado la *philia* como el último elemento hedónico presente en la doctrina epicúreista, hemos de señalar que para el máximo representante del hedonismo en el mundo clásico, éste vínculo afectivo posee un lugar privilegiado dentro de los bienes que nos brinda la naturaleza, no sólo para él sino para sus seguidores próximos y lejanos, al respecto expresa en su Máxima capital 27: "De los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de la vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de las amistad"⁵³, y a diferencia de Aristóteles, para quien la amistad guarda una cierta relación con el discernimiento teórico del sabio o del individuo dado a la actividad científica, para Epicuro este don se haya armonizado con el

⁵² EPICURO Sentencias Vaticanas. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 55.

⁵³ EPICURO. Máximas capitales. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 44.

saber estimulante, vital y práctico del hombre dado a la búsqueda de buenas relaciones y de un estado de goce con sus congéneres y con la naturaleza misma.

Nuestro filósofo de Samos concibe la amistad como pauta sumamente significativa para la felicidad. Muestra evidente de ello son sus escritos, todos dirigidos a amigos reales y concretos que buscaban en ellos orientación para dirigir sus pasos a una senda segura, y la actitud en la que se vivía en la escuela por él fundada, la cual se hallaba conformada por una verdadera comunidad de amigos dados al goce del diálogo, del estudio de la naturaleza y del grato recuerdo de los amigos ausentes, en donde no había una estratificación o clasificación según el rango social, sino que se mantenía un aprecio y trato de igualdad, entre mujeres, hombres, esclavos y demás que en él militaban.

Escribe García Gual, refiriéndose a la amistad epicúrea: "La amistad tiene por objetivo la adquisición del placer y su raíz está en la conveniencia mutua, la *ohélia*. La necesidad y el trato, la *chreía* fundan la amistad en una perspectiva utilitarista"⁵⁴, y en renglones seguidos manifiesta: "La amistad funda una libre comunidad, la sociedad de amigos, que es la base de la escuela del Jardín. En la concepción social del epicureismo, los individuos viven en un mundo hostil y ajeno, donde la justicia es un mero acto de no agresión, donde los mayores beneficios se obtienen por la cautela y el apartamiento de la muchedumbre"⁵⁵ y el mismo Epicuro en la Sentencia Vaticana 23 nos expresa que: "Toda amistad es deseable en sí misma; pero tiene su origen en los beneficios"⁵⁶. En donde se vislumbra claramente que si bien, el maestro del Jardín comparte con los filósofos griegos Aristóteles y Platón la presencia utilitarista que trae consigo la *philia* en su génesis,

⁵⁴ GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 211.

⁵⁵ Ibid., Pág. 214.

⁵⁶ EPICURO. Sentencias vaticanas. en GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 51

nuestro autor trasciende el ámbito utilitario de sus antecesores al desenlazar de éste vínculo afectivo la política y colocarla como uno de los medios necesarios para conseguir la serenidad del alma, o para decirlo en un lenguaje clásico, para conseguir la ataraxia, a pesar de los instantes de turbación o el sufrimiento que pueda proporcionar la amistad en su curso.

A raíz de lo anterior, nuestro filósofo manifiesta a todos sus amigos -que por cierto eran tantos, que resultaba imposible calcular su número dentro y fuera de la ciudad. De los cuales, algunos muy a menudo se congregaban en el Jardín, visitando al maestro o a alguno de sus discípulos, convirtiendo el recinto en un lugar de encuentro, de disfrute y de conocimiento, y a los que Epicuro servía de manera desinteresada en forma oportuna, ajustándose a su propio consejo 66 consignado en las Sentencias Vaticanas: "Compadezcámonos de nuestros amigos, no con lamentaciones sino prestándoles ayuda"⁵⁷-, a través de su Sentencia Vaticana número 39: "No es verdadero amigo ni el que busca en todo utilidad, ni el que jamás la une a la amistad. Pues el uno se convierte en tendero de favores con la idea de recompensa y el otro corta de raíz toda buena esperanza para el futuro"⁵⁸, actitud que además de reflejar en el vínculo amistoso un cierto pragmatismo, quiere expresar también, una respuesta positiva y oportuna de parte del amigo, respuesta que debe ser interpretada como una afirmación solidaria, como un beneficio hacia una de las partes de este binomio amistoso.

También en la amistad se ve el papel fundamental que juega la sensación y la sabiduría como medios que dan al hombre que avanza hacia un estado de goce a nivel corporal y de tranquilidad a nivel mental, una cuota de aceptación o rechazo para con la elección del amigo, donde el cuerpo como

⁵⁷ Ibid., Pág. 56.

⁵⁸ Ibid., Pág. 53.

elemento reaccionante ante posibles nuevas perspectivas de engrosar su vínculo afectuoso, decide si colocar o no un límite a una nueva relación amistosa, ello por medio de un estímulo, llamado sensación que parece brotar de nuestro interior, que nos induce a continuar la relación o a colocar un dique a fin de evitar posibles lamentaciones en el curso de la nueva relación en potencia: "Hermosísima es la visión de nuestro prójimo si el primer encuentro implica concordia o al menos produce inclinación hacia ello"⁵⁹, expresa nuestro autor en la Sentencia Vaticana 61, pues al igual que en la selección de los placeres, hay en la amistad un cierto límite propuesto por la mente y el cuerpo a fin de alcanzar por medio de la amistad la vida buena .

Ya para finalizar este ítem, queremos hacer evocación del aforismo 52 recogido por las Sentencias Vaticanas: "La amistad danza en torno a la tierra y, como un heraldo, anuncia a todos nosotros que despertemos para la felicidad"⁶⁰ donde nuestro autor coloca a la *philia* como un slogan en el momento en el que decidimos navegar en el barco que ha de conducirnos al puerto llamado felicidad. Pues esta se nos presenta como un aliciente, en donde el otro no es mirado como un obstáculo sino, por el contrario como un apoyo, como un bálsamo, un semejante, no en cuanto a lo corporal, sino en lo concerniente a las perspectivas de deseo de una vida próspera, de una vida feliz. En donde además de la cuota de utilidad que lleva intrínseca toda amistad, nace debido a la proximidad entre los amigos un afecto que en cierto modo puede considerar al otro como una proyección de nuestro cuerpo.

⁵⁹ Ibid., Pág. 55.

⁶⁰ Ibid., Pág. 64.

2.4. ELEMENTOS HEDÓNICOS EXISTENTES EN EL UTILITARISMO

El Utilitarismo, obra máxima de John Stuart Mill y Biblia de bolsillo para el militante del sistema ético que deriva de este opúsculo el nombre. En su contenido figuran al igual que en las proposiciones de Epicuro, el placer y la amistad como los elementos más inmediatos que proporcionan al individuo en aquel y a la sociedad en éste, una vida feliz; aunque claro está, Mill transfiere a estos elementos felicitarios un tratamiento moral más ambicioso, pues su hedonismo no busca la felicidad para un individuo, ni mucho menos para un grupo mínimo como en Epicuro, sino que se constituye en un hedonismo colectivo. Al respecto el filósofo contemporáneo expresa en su magna obra: "la felicidad que constituye el criterio utilitarista de lo que es correcto en una conducta no es la propia felicidad del agente, sino la de todos los afectados"⁶¹, estableciendo así la diferencia con el maestro del Jardín, al hacer del hedonismo una doctrina moral con un marcado carácter social que tiende a lo universal.

A la luz de lo anterior, se comprueba que la felicidad desde la óptica milliana no es medida en función individual únicamente, sino que ésta trasciende los límites personales, colocándose en correspondencia con el cuerpo social; así el canon moral del hedonismo promulgado por Mill, no es la mayor felicidad que un personaje pueda conseguir con su acción; la medida es más bien la mayor felicidad que logra suscitarse socialmente con dicho actuar.

La crisis intelectual, fruto del cansancio mental que padeció Mill a los veinte años, además de darle un giro de 180 grados a su vida de máquina de razonar andante y colocarlo en disposición para una visión más detallada de la realidad - gracias al valor que halló en el sentimiento y en la poesía -, donde la calidad a diferencia de Bentham, quien sostenía que era la cantidad

⁶¹ MILL, John Stuart. Op. Cit. Pág. 62.

de placeres lo que procuraba una vida feliz, sería el canon para la elección y estimación de los placeres, hizo que su hedonismo se distanciara del benthamiano al poner de relieve la distinción entre satisfacción, o contento como él mismo expresa y felicidad, términos que una vez clarificados marcan la diferencia entre ambos autores y muestra una proximidad o similitud entre Jhon Stuart Mill y Epicuro.

Mill al sentar tal distinción admite: "Es indiscutible que el ser cuyas capacidades de goce son pequeñas tiene más oportunidades de satisfacerlas plenamente, por el contrario, un ser muy bien dotado siempre considerará que cualquier felicidad que pueda alcanzar, tal como el mundo está constituido, es imperfecta. Pero puede aprender a soportar sus imperfecciones, si son en algún sentido soportable"⁶². Ratificando con esto la marcada diferencia entre los placeres corporales o inferiores, a los que se entregaron de manera desenfrenada los cirenaicos, y los goces superiores, aquellos que bajo el nombre de principios morales han salido victoriosos luego de un escrutinio universal a costas de su calidad sobre los primeros, los cuales fueron practicados por Epicuro en la antigüedad y en tiempos modernos por los militantes del utilitarismo acrisolado por Mill.

Mill al colocar la cualidad de los placeres como elemento clave en el momento de la elección entre placeres perfecciona en cierta manera el principio de utilidad postulado por Bentham -quien apuntaba para el placer cualidades bastante circunstanciales como la intensidad, la duración, la extensión, la posibilidad, la fecundidad y la proximidad del mismo-, al respecto nuestro autor expresa justificando su posición en un párrafo bastante extenso, que debido a su alta precisión hemos querido presentarlo con sus mismas palabras:

⁶² Ibid. Pág. 51.

Si se me pregunta qué entiendo por diferencia de calidad en los placeres, o qué hace que un placer sea más valioso que otro, simplemente en cuanto placer, a no ser que sea su mayor cantidad, sólo existe una única respuesta. De entre dos placeres, si hay uno al que todos los que han experimentado ambos, conceden una decidida preferencia, independientemente de todos los sentimientos de obligación moral para preferirlo, ese es el placer más deseable. Si aquellos que están familiarizados con ambos colocan a uno de los dos tan por encima de otro que lo prefieren, aún sabiendo que va acompañado de la mayor cantidad de molestias, y no lo cambiarían por cantidad alguna que pudieran experimentar del otro placer, está justificado que asignemos al goce preferido una superioridad de calidad que exceda de tal modo al valor de la cantidad como para que ésta sea, en compasión, de muy poca importancia⁶³.

Lo que ha dado pie a que muchos le considerasen como un utilitarista semi-idealista

Simultáneamente, en esta empresa por sobrepasar la distinción cualitativa del placer, parece ser que Mill hallara la necesidad de incluir un nuevo criterio para tal fin, el cual sería, no el dictamen de los más idóneos, sino en comunión con Epicuro la misma naturaleza humana, concibiéndola como ideal antropológico susceptible de perfección en función de algún ideal. "Pocas criaturas humanas consentirán en transformarse en alguno de los animales inferiores ante la promesa del más completo disfrute de los placeres de una bestia"⁶⁴ escribe Mill. Donde se refleja que desde su óptica, si nos consideramos seres perfectibles, dispuestos para un crecimiento personal referido a un ideal -como nos autoconcebimos-, nos es permitido fijar una diferencia entre placeres. Donde los placeres que van en contravía, con nuestro ideal serán desechados, y aquellos que compatibilizan con nuestras perspectivas, con nuestro ideal gozarán de una aceptabilidad. Entonces, ese sería el canon a seguir, para elegir entre entregarme a "los

⁶³ Ibid. Pág. 48.

⁶⁴ Ibid. Pág. 49.

goces" que me da el mundo o disfrutar de una representación artística. Por decir algo.

2.4.1. La libertad

Además del placer como elemento hedónico compartido con Epicuro, aparece en el utilitarismo domesticado por Mill, la libertad como principio dirigido a la felicidad tanto del individuo como del mayor número. Ésta, a quien el autor trata de manera explícita en su obra titulada "*Sobre la libertad*", cuyo propósito primordial es mostrar la forma como la sociedad puede ejercer de modo legítimo su poder dentro de unos límites sobre el individuo, además de aportar al hombre que la posee, el goce de un grado más de felicidad sobre aquel que adolece de este derecho fundamental.

Sentado el carácter social que pretende la doctrina de Mill, se deduce que es un contrasentido hablar de un ideal antropológico a seguir, que es absurdo contemplar la existencia humana como una meta a emprender, sin reconocer en el individuo la necesidad de un espacio o esfera privada donde el poder estatal no tenga intromisión alguna. Es decir, sólo evitando que el Estado participe en la vida privada de sus ciudadanos es viable sujetar la conducta individual a ciertos principios morales, en donde cada individuo pueda procurarse y procurar los medios que conduzcan a una vida feliz, no sólo del agente; sino de la comunidad toda.

En consecuencia a lo anterior, es plausible concebir la libertad como el derecho a la no interferencia del Estado sobre el actuar del individuo en su fuero interno. Esta libertad, entendida así, busca favorecer a la protección de la diversidad contra la opresión, donde la más impresionante es la surgida del poder de la opinión pública que no escatima esfuerzos por hacer que sus

creencias y costumbres influyan en todo momento. De igual modo, desde esta perspectiva, libertad no es sinónimo de entrega o sumisión a la ley del mayor número, aunque bien el individuo sea responsable de todo acto realizado por él; acto que no debe lesionar ni menoscabar los intereses de sus homólogos.

Una vez revelado el carácter humanitario que propone su doctrina, mediante la cual el hombre puede ser feliz, admite en el individuo una esfera privada y una pública, donde la conveniencia y la cooperación de los demás serían elementos fundamentales en el momento de actuar. En este sentido la primera permanecería impermeabilizada frente al poder coactivo del Estado y de las presiones ejercidas por el grupo, que si bien no desempeñan la misma fuerza del Estado, al igual que éste lesiona la libertad del individuo y por ende restringe su felicidad.

Sostiene Mill, "el único fin por el cual es justificable que la humanidad, individual o colectivamente se entremeta en la libertad de acción de uno cualquiera de sus miembros es la propia protección. Que la única finalidad por la cual el poder puede, con pleno derecho, ser ejercido sobre un miembro de una comunidad civilizada contra su voluntad, es evitar que perjudique a los demás. Su propio bien, físico o moral, no es justificación suficiente"⁶⁵. Proclamación que ha hecho que su tesis en lo referente a la libertad, desligándola de todo tratamiento jurídico, gozase de una gran aceptabilidad en el mundo occidental contemporáneo, perfilándose así como defensor del individuo, de su *libertad* y su *felicidad*, binomio que propone como el propósito de su consideración moral.

Además del nivel político-social, tratado en párrafos precedentes, la libertad como elemento hedónico igualmente puede ser pensada en Mill, desde el

⁶⁵ MILL, John Stuart. *Sobre la libertad*. Alianza Editorial. Madrid. Pág. 65.

contexto de la efectividad y de la utilidad que ésta manifiesta al ser humano para la felicidad. En este sentido la libertad a nivel individual, social y político es concebida, apropiándonos de los términos kantianos, como un medio para la felicidad y no como la felicidad vista como un fin, pues la libertad así entendida adquiere un alto valor instrumental para la consecución del *telos* humano: la felicidad, sea del agente o del grupo, no es intrínsecamente valiosa, puesto que lo intrínsecamente valioso para el hedonista es ese estado de placer acompañado de la serenidad de ánimo y el reinado de la tranquilidad en su alma. Tranquilidad que figura como característica propia de todo individuo libre, autodesarrollado, poseedor del pleno ejercicio de sus facultades, con sentido de dignidad, respeto, solidaridad; ya que estos elementos: libertad, autodesarrollo, goce de facultades, sentido de dignidad etc., constituyen en conjunto la parte más valiosa de la felicidad, por no decir que la felicidad misma.

Esta libertad individual o individualidad tan defendida por Mill, con toda la carga significativa que el término encierra: autonomía personal, capacidad creatividad, autodespliegue, alto ideal de moralidad, autorespeto, proyección y autodesarrollo, no es equivalente a, ni sinónimo de felicidad; tampoco debe ser entendida como uno de los eslabones ascendientes que han de conducirnos al bienestar, sino como elemento inherente o constitutivo de la felicidad misma, que junto con la solidaridad fruto de la sociabilidad del ser humano han de llevarnos al goce de los bienes producidos por todos.

Mill a lo largo de su doctrina se nos presenta como un conciliador entre el aspecto moral y el político, al equiparar el desarrollo de la autonomía individual con la solidaridad en el disfrute de los bienes fruto de la comunidad, por tanto la libertad a la que él apunta es vista y debe ser entendida sólo desde la perspectiva de este matrimonio indisoluble. Por ello, "ofreció al mundo una teoría sugerente y equilibrada que postulaba la

defensa de los derechos de todos los seres humanos relativos a tener una opinión propia, que pudieran difundir y defender, a ser dueños de sus vidas, sus cuerpos y sus mentes"⁶⁶, teoría que si bien ha sido bastante cuestionada por un sin número de críticos, también ha gozado de gran aceptabilidad en nuestro mundo contemporáneo, por concebir que tanto la libertad, la integridad, el respeto a la persona y la distinción de bienes, como bienes intrínsecos aparte del gran aporte que ellos ofrecen a la felicidad buscada por la humanidad.

2.4.2. La educación

La educación es quizás el componente más importante en la formación de todo ser, más aun si éste tiene como ideal el proporcionarse y proporcionar a sus semejantes el disfrute de una vida de goce, de una vida feliz, pues ella se autopresenta como base, como una condición indispensable para todo el cúmulo de logros y trabajos que el individuo pueda producir a lo largo de su existencia. John Mill no es la excepción, por el contrario es una auténtica muestra de ello, piensa que la educación y su perfeccionamiento continuo deben figurar en el hombre como una constante, a fin de conseguir este ideal de vida. Un aspecto que destaca ese gran interés de Mill hacia ella, es sin lugar a dudas, la educación férrea y rígida a que fue sometido por su padre, educación que dio como fruto el dominio de las lenguas clásicas y la comprensión de escritos sobre lógica, economía política, derecho y otros temas afines a la filosofía, pese a su corta edad.

A pesar de esta educación excesivamente lógica y racional que sacrificó la ternura y los sentimientos infantiles, Mill cultivó gracias a ella, al ejemplo de su padre -quien ejercía la función de tutor-, ya sus propias reflexiones,

⁶⁶ Ibid. Pág. 66.



cualidades valiosas en esta carrera hacia la felicidad como son el interés moral, la sensibilidad, la honestidad, la virtud, la integridad personal y la mejora de la raza humana, así como el respeto por la democracia, la libertad frente a cualquier doctrina -religiosa, moral o política-, y la tolerancia hacia los diversos credos existentes en el entramado social.

Cuando Mill afirma axiomáticamente: "Después del egoísmo, la principal causa de una vida insatisfactoria es la carencia de la cultura intelectual"⁶⁷, pone de manifiesto una vez más la urgencia de este elemento felicitario y al tiempo nos exhorta al ejercicio que este bien trae consigo a nivel social, es decir, al cultivo del interés moral, que se refleja en la sencillez, la generosidad y la caridad del individuo frente a sus similares por un lado, y a la sensibilidad por la y nuestra naturaleza, al interés por las manifestaciones artísticas, por la forma comportamental de nuestros predecesores y contemporáneos, a fin de proyectarnos sobre aquellos que nos sucederán por el otro. Puesto que "en un mundo en el que hay tanto por lo que interesarse, tanto de lo que disfrutar y también tanto que enmendar y mejorar, todo aquel que posea una moderada proporción de requisitos morales e intelectuales puede disfrutar de una existencia que pueda calificarse de envidiable"⁶⁸, al aportar su grano de arena en la erradicación de los obstáculos que imposibilitan la promoción del bienestar del mayor número.

Aun cuando Mill establece la educación como elemento conducente a la felicidad, no comparte aquella que imposibilita el libre pensamiento, que no estimula el libre desarrollo de las capacidades propias del ser humano: reflexión, crítica y comprensión, con aquella que se limita a la sólo transmisión de un sin número de conceptos y teorías que el destinatario debe

⁶⁷ MILL, John Stuart. Op. Cit. Pág. 57.

⁶⁸ Ibid., Pág. 58.

asimilar dogmáticamente; con aquella que uniforma y adoctrina, coartando así las características promovidas por el sistema educacional por él propuesto: el formar individuos actuantes, libres, autónomos e irrepetibles. A raíz de lo anterior expresa Guisán que Mill sostiene "que el gobierno al igual que todo tipo de institución social o de transacción entre los seres humanos, habrán de ir encaminadas a la potenciación de las capacidades de autosugestión, autodesarrollo, autonomía, participación activa, creatividad, inventiva, desarrollo de la originalidad y de la individualidad"⁶⁹

De lo expresado anteriormente se evidencia que la educación debe proporcionar al individuo el fortalecimiento de las facultades morales e intelectuales, al igual que el afianzamiento de la solidaridad, el respeto a la individualidad y una asistencia activa en los asuntos políticos, donde la mayoría sea un conjunto conformado por individuos neutrales, conciliadores, ilustrados y libres, a fin de que pudiesen participar conjuntamente del goce solidario que busca el hedonismo universal.

Esta educación así entendida es convertida al igual que la libertad no en la felicidad misma, sino en un elemento que acerca al individuo a ésta, en la medida que brinda los parámetros requeridos para que todo ser con capacidad de autodesarrollo logre alcanzar esa racionalidad de la que somos portadores, racionalidad que no consiste en refrenar el placer sino en aumentarlo y convertirlo en una fuerza poderosa y creadora, pues una vez hallamos alcanzado a través de la educación esta racionalidad que nos colme de placeres podemos entregarnos a todos los goces del cuerpo y del espíritu con la certeza de que ya el placer no podrá hacernos el daño, como ocurría con los cirenaicos.

⁶⁹ GUISAN, Esperanza. El utilitarismo. En CAMPS, Victoria. *Historia de la ética*. II (La ética moderna). Editorial Crítica. Pág. 499.

Aparte del placer y la amistad -quienes figuran como elementos comunes en las doctrinas de Epicuro y Mill-, la libertad y la educación, se ve en este último, a diferencia del primero, que la búsqueda de otros bienes como la virtud, la riqueza, el éxito laboral, el honor, la consideración, la obtención de bienes materiales, se erigen a modo de elementos integrantes de esa abreviatura llamada felicidad, los cuales no contradicen en nada su propuesta. Antes bien, la confirman. Puesto que mediante una sumatoria o asociación estos fines en conjunto logran instaurar la felicidad misma para algunos, o bien son concebidos a la manera de medios favorables en el momento de conseguirla, para otros. Aspecto que bien puede ser considerado como un gran logro de Mill sobre aquel, para el logro de la felicidad, puesto que como él mismo lo indica "el criterio utilitarista mientras que tolera y aprueba todos aquellos otros deseos adquiridos, en tanto en cuanto no sean más perjudiciales para la felicidad general que aliados a ella, recomienda y requiere el cultivo del amor a la virtud, en la mayor medida posible, por ser por encima de todas las demás cosas importante"⁷⁰

⁷⁰ MILL, John Stuart. *El utilitarismo*. Pág. 95.

3. ALGUNAS CONSIDERACIONES SUSCITADAS ALREDEDOR DEL HEDONISMO PLANTEADO POR EPICURO DE SAMOS Y JOHN STUAR MILL

3.1. OBJECIONES AL HEDONISMO DE EPICURO DE SAMOS

"¿Qué encerraban entre sus letras los escritos de Epicuro y qué se practicaba al interior del Jardín, para que muy pronto se convirtiesen en una filosofía maldita?"⁷¹. Con este interrogante que también hacemos extensivo a los postulados de Mill, damos inicio a un conjunto de réplicas surgidas a lo largo del tiempo en torno a este sistema ético, debido a la aversión o mala interpretación de que ha sido objeto.

Entre las acusaciones más notorias a la filosofía del placer, suele escucharse aquella que apunta al marcado sensualismo como característica de esta escuela, haciendo alusión con ella a una actitud donde las sensaciones propias del ser sintiente rayan con el deleite sensual grosero, practicado quizás por Aristipo y su escuela, actitudes a las que Epicuro como reformador del hedonismo nunca apuntó.

Es irónico y doliente escuchar como el término *epicúreo* es empleado para referirse a una persona que rinda complacencia a los placeres y deleites meramente sensuales, cuando el mismo Epicuro adelantándose a sus acusadores, clarifica a su discípulo Meneceo, y junto a éste a todo aquel que buscase militar o abrazar tal estilo de vida:

⁷¹ LLEDO, Emilio Op. Cit. Pág. 17. (*La cursiva es nuestra*).

70

Por tanto, cuando decimos que el placer es el objetivo final, no nos referimos a los placeres de los viciosos o a los que residen en la disipación, como creen algunos que ignoran o que no están de acuerdo o malinterpretan nuestra doctrina, sino al no sufrir dolor en el cuerpo ni estar perturbados en el alma. Porque ni banquetes ni jergas constantes ni los goces con mujeres y adolescentes, ni de pescados y las demás cosas que una mesa suntuosa ofrece, engendran una vida feliz, sino el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección y rechazo, y extirpa las falsas opiniones de las que procede la más grande perturbación que se apodera del alma⁷².

Revelando así que sólo aquellas acciones que traen el verdadero disfrute a la persona, en el momento presente y al futuro adquieren significado moral para el individuo que busca ser feliz.

El goce que Epicuro propone como fin del hombre, no es el estremecimiento de nuestra sensibilidad, resultante de la adición de permanentes placeres sensuales, sino una ataraxia; reflejada en tranquilidad mental y ausencia de dolor corporal, como acertadamente lo enuncia García Gual: "No se persigue el placer desenfrenado y frenético, sino el placer que surge de la eliminación del dolor, la serenidad de ánimo y la dicha suave. Se trata de un hedonismo domesticado, razonado y razonable de una cordura que apuntando al placer como telos, se encamina hacia la eudaimonía por una senda ascética y calculada"⁷³. Por ello, aunque Epicuro, reiteradamente admite que nuestra naturaleza siempre busca la consecución del placer y la evitación de su contrario, nos exhorta, a elegir solícitamente los placeres, pues los medios utilizados para lograrlos, traen en la mayoría de los casos pesares mucho más grandes que los mismos placeres buscados. Además, elementos como la candidez de su enseñanza, la medida y moderación que profesó y buscó en cada uno de sus discípulos cercanos o lejanos en todo momento, junto con la simplicidad de su vida, son factores que contradicen o se oponen a

⁷² GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 138.

⁷³ Ibid., Pág. 186.

simple vista a tal denuncia.

De igual manera se le atribuye al hedonismo de Epicuro un marcado grado de egoísmo, al preocuparse sólo por el bienestar de los miembros del Jardín, los cuales, encerrados en una impermeable "burbuja de cristal" eran ajenos a los acontecimientos que a diario sucedían en el caótico mundo helenístico-romano. Crítica a la que queremos responder de manera sintética con las palabras de la hedonista Esperanza Guisán:

El hedonismo es el más y el menos egoísta de todos los hombres. El más egoísta en el sentido equívoco del término, porque se ocupa de su propio yo con un mimo y un cuidado exquisitos. El menos egoísta en un sentido peyorativo del término, porque la preocupación de su yo no es un impedimento para ver los otros «Yoes», sino que desde la satisfacción de sí mismo se derrama y se desborda en generosidad, no sólo con los que son sus iguales, no sólo con los que están a salvo, sanos y fuertes como él, sino que su salud y su fortaleza se incrementa en la medida en que tiende su mano a los que son débiles en voluntad, en constitución física, psíquica, o en motivaciones morales⁷⁴.

Otra de las acusaciones al hedonismo epicúreo, hace alusión a lo que algunos críticos consideran un "dogmatismo dictatorial". Como sostiene Bertrand Russell: "Sus seguidores tenían que aprender una especie de credo que incorporaba a sus doctrinas, sobre el cual no se admitían dudas"⁷⁵. Afirmación que lleva a imaginar al Jardín como un claustro religioso, donde Epicuro como cabeza visible, ejercía de director espiritual, prior o reformador religioso, pues sus aforismos todos, al tratar de conducir a los militantes de su doctrina por una senda cuasi ascética en la búsqueda de la felicidad,

⁷⁴ GUISÁN, Esperanza. *Manifiesto hedonista*. Pág. 61

⁷⁵ RUSSEL, Bertrand. *Historia de la filosofía occidental*. I. La filosofía antigua – la filosofía católica. Espasa Calpe, S.A. Madrid. 1999. Pág. 280. católica. Espasa Calpe, S.A. Madrid. 1999. Pág. 280.

debido al celo que profesaba el maestro, rayaban con la sobriedad de cualquier sistema religioso.

Estos aforismos una vez compilados formaban una especie de Breviario o Salterio en cuatro semanas, que contenía las cuestiones capitales de su ética. Al no tener sus discípulos acceso directo a la obra escrita, el maestro otorgaba su saber a manera de sentencias que eran acogidas con agrado, debido a su lógica. Ellas una vez memorizadas y puestas en práctica regularían la conducta y el actuar de sus partidarios. Esto refleja como los epicúreos, lejos de someterse sumisamente a los planteamientos del fundador del Jardín, "se mantuvieron en una extraordinaria fidelidad a las tesis de su maestro, en una ortodoxia no forzada por ninguna presión escolástica, sino favorecida por la coherencia del propio sistema"⁷⁶, como lo afirma García Gual.

Una vez comprendido que para Epicuro la felicidad nos viene dada por el cultivo de los placeres catástemáticos, es decir, de aquellos que promueven la ausencia de dolor corporal por un lado y de turbación del alma por el otro, - *Pues en razón de esto todo lo hacemos, para no sufrir dolor ni turbación en el alma*, escribe Epicuro a Meneceo- surge de inmediato un interrogante sobre una gran realidad: ¿qué sucede con las enfermedades corporales a nivel personal y colectivo, con el dolor de cada día, y con aquellos malestares que azotan nuestro sistema físico y síquico, de los que como criaturas sintientes no somos ajenos?

Epicuro diría refiriéndose a las enfermedades de transmisión sexual y a otros flagelos muy afines que azotan a nuestra sociedad contemporánea, - enfermedades, que los detractores del hedonismo adjudican al desenfreno de placeres sexuales llevado a cabo por los militantes de este sistema ético-,

⁷⁶ GARCÍA GUAL, Carlos Op. Cit. Pág. 243.

que ellas no son más que el resultado de esa búsqueda de la felicidad por la vía de los placeres disolutos, he aquí sus palabras al respecto: "Con una actividad desenfrenada se acumula una gran cantidad de riquezas, pero a ella se le une una vida desgraciada"⁷⁷, o como reza aquella máxima de autor desconocido que bien se le podría atribuir: *Cuán presto será el placer, que después de ido da dolor*. En cuanto a los dolores propios de nuestra anatomía el maestro sostiene que así como la filosofía se ocupa de la salud del alma, la medicina hará lo suyo para la del cuerpo; igualmente afirma que estos dolores corporales son fáciles de soportar y en ello juega un papel fundamental el autodomínio. Además expresa que si el dolor es intenso su presencia será momentánea y si es suave será llevadero, "No se demora el dolor permanente en la carne, sino que el más extremado perdura el más breve tiempo, y aquél que tan sólo distancia el placer de la carne tampoco se mantiene muchos días. Las enfermedades muy duraderas tienen para la carne una dosis mayor de placer aun que de dolor"⁷⁸.

Otra de las réplicas surgidas en torno a este sistema ético propuesto por Epicuro, es la realizada por Herbert Marcuse, quien, aunque atribuye a esta ética «una función progresista», sostiene en palabras de García Gual, que, en el momento de domesticar por medio de la razón, el impulso subversivo del hedonismo más instintivo, el de los cirenaicos, lo deja desmochado y sin fuerza revolucionaria potencial.

De este modo, con el nuevo hedonismo "la razón hace posible que el hombre goce con medida, disminuyendo el riesgo, a fin de mantener una salud equilibrada y permanente. La valoración diferenciante del placer se realiza pues con miras a la mayor seguridad y permanencia posible del placer. En este método se expresa ya el temor ante la inseguridad y la maldad de las

⁷⁷ EPICURO. Fragmentos escogidos. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 34.

⁷⁸ EPICURO. Máximas capitales. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 39.

relaciones vitales, ante la limitación insuperable del placer. Se trata de un hedonismo negativo: su principio es más bien evitar el dolor que procurar el placer. La verdad, según la cual ha de ser medido el placer, consiste en evitar el conflicto con el orden existente: lo socialmente permitido, la forma deseada del placer⁷⁹.

Si Marcuse hubiese dialogado con Epicuro cara a cara, seguramente habría aceptado éste con agrado sus argumentos, pues su soporte filosófico y la claridad con que están presentados a través de García Gual no dan para menos, no obstante, disentiría de él, en aquello que para el crítico de la sociedad y autor de *Eros y Civilización*, ha de determinar los límites de lo placentero, es decir, lo admitido socialmente. Ya que es, desde Epicuro, en nuestra naturaleza, en nuestra constitución individual, en la que ésta insita la razón, la que determina aquellos placeres refinados, es decir, los placeres auténticos.

Epicuro -tal como nos lo presenta García Gual-, fue más pesimista que Marcuse frente a la sociedad, al no dar crédito a la fuerza de la revolución como medio para acercarnos a un goce colectivo, ni mucho menos imaginarse miembro de una sociedad "ideal", donde no hubiese espacio para las injusticias, para las excitaciones hedonistas ni mucho menos para las pulsiones sensuales, a las que como seres sintientes no podemos escapar, por tal motivo recomienda y lleva a la práctica una vida oculta, la convivencia en cofradías de pequeños grupos, entregados al goce racional e intelectual, donde sí pudiese lograrse una vida armónica, alejados del caos y de los asuntos sociales y políticos de la época.

⁷⁹ MARCUSE, Herbert. *Cultura y sociedad*, Traducción española. Buenos Aires, 1967, pp. 104. En GARCÍA GUAL, Carlos. *Epicuro*. Pág. 196.

3.2. OBJECIONES AL HEDONISMO DE JOHN STUART MILL

Al igual que en Epicuro, las consideraciones de Mill -aunque distantes cronológicamente hablando de las de Epicuro- han sido objeto de comentarios malintencionados que van desde la manera como expone sus argumentaciones, hasta el extremo de señalar su propuesta de inmoral, por mencionar al menos algunas de las críticas realizadas por los detractores de esta doctrina que sólo busca promover la felicidad tanto al individuo como a la comunidad. Apreciaciones que buscan hacer a este sistema poco apetecible al común de los hombres.

Entre las acusaciones dirigidas al hedonismo de Mill trataremos en primera instancia la de incurrir en la falacia naturalista, realizada por G. E. Moore en 1903, por ser una de las más famosas, no sin antes aclarar que ésta, está dirigida no al hedonismo como doctrina, ni a las recomendaciones por él dadas, sino a la manera como el autor expone sus razonamientos como antes se había expresado. En este sentido, escribe Mill:

La única prueba que puede proporcionarnos de que un objeto es visible es el hecho de que la gente realmente lo vea. La única prueba de que un sonido es audible es que la gente lo oiga. Y, de modo semejante, respecto a todas las demás fuentes de nuestra experiencia. De igual modo entiendo que el único testimonio que es posible presentar de que algo es deseable es que la gente, en efecto, lo desee realmente....No puede ofrecerse razón alguna de por qué la felicidad general es deseable excepto que cada persona, en la medida en que considera que es alcanzable, desea su propia felicidad. Siendo esto, sin embargo, un hecho, contamos no sólo con las pruebas suficientes para el caso, sino con todas las que pudieran requerir la justificación de que la felicidad es un bien: que la felicidad de cada persona es un bien para esa persona, y la felicidad general, por consiguiente, un bien para el conjunto de todas las personas⁸⁰.

⁸⁰ MILL, John Stuart. Op. Cit.. Pág. 90.

En palabras de Guisán esta crítica surge debido a la imposibilidad lógica de derivar algún juicio de valor relativo a lo que es deseable desde un enunciado descriptivo referente a lo que es deseado. Puesto que si cada individuo está movido únicamente por el deseo de su propia felicidad, no existe razón para asumir que las acciones personales promoverán al mismo tiempo y siempre los intereses de la sociedad. El hecho de que la gente desea su propia felicidad no implica que siempre actúen en consonancia con tal deseo. Es decir, los hombres buscan su felicidad, por lo tanto tenemos un deber: actuar de modo tal que consigamos la felicidad y promoverla.

Guisán, defensora acérrima del Utilitarismo plantea que los críticos de Mill, conciben al hombre como seres cuyas capacidades de goce residen en la sólo y única promoción de sus intereses individuales. Por lo tanto, lo deseado es visto como algo subjetivo y lo deseable en relación al mundo intersubjetivo. En palabras llanas, cuando Mill hace referencia a lo deseado y deseable según sus críticos, coloca al hablante, en dos perspectivas distintas y antagónicas. Mas la intención de Mill es transportar "dignamente la antorcha de quienes creen que los hombres no han nacido con culpa, no son lobos para el hombre, ni entidades conclusas, reclusas en sus mismidades, sino criaturas simpáticas, abiertas, con capacidad para sufrir y gozar con el infortunio y la dicha ajena"⁸¹.

Guisán reconoce la limitación de Mill al no ser lo suficientemente explícito en el momento de exponer sus argumentos, mas según ella, existen unos hilos invisibles al interior de sus escritos que refleja en sus postulados cómo el término deseable se homologa con lo deseado por los hombres que han alcanzado gracias a su carácter reflexivo y social un alto potencial moral.

⁸¹ GUISÁN, Esperanza. En MILL, John Stuart. *El utilitarismo*. Pág. 13.

Otra de las réplicas que se le hacen al hedonismo inserto dentro del utilitarismo de Mill, es aquella que apunta a la imposibilidad de establecer la felicidad en cualquiera de sus representaciones como el telos racional de la vida y la actividad humana. Crítica que según el autor, atinaría si estuviese bien fundada, "ya que si los seres humanos estuviesen incapacitados para experimentar la felicidad en modo alguno su consecución no podría constituir el fin de la moralidad ni de ninguna conducta racional"⁸². No obstante, de ser así, el utilitarismo saldría airado de tal crítica, puesto que utilidad en el sentido milliano no es sólo búsqueda de felicidad, sino prevención y mitigación de su contrario y si lo primero fuese inalcanzable o utópico, lo segundo obtendría de inmediato más valor, exigiendo entonces una necesidad más obligada. Ahora, si entendemos por felicidad, el estremecimiento de nuestro ser en el placer a la manera de los cirenaicos, es clara tal imposibilidad, pero el estremecimiento del placer razonado no se eterniza en el ser; sino que su permanencia es efímera, además de estar marcada por la superioridad de una extensa gama de placeres sobre unos cortos y suaves dolores, conforme a nuestra naturaleza.

También suele escucharse como los detractores del hedonismo universal promulgado por Mill afirman que ésta es una doctrina cuyas normas son difíciles de cumplir para cualquier humano, aduciendo que "es una exigencia excesiva el pedir que la gente actúe siempre inducida por la promoción del interés general de la sociedad"⁸³. Afirmación que resulta en palabras de Mill, debido al desconocimiento de dos elementos cruciales para valorar de tal a una doctrina: en primera instancia de ignorar aquello que persigue un modelo moral cualquiera y, en segunda de no saber distinguir entre la regla de acción y la motivación que impulsa a su observancia; olvidando que la gran mayoría de nuestro actuar no obedece al imperativo de la regla moral ni al

⁸² Ibid., Pág. 55.

⁸³ Ibid., Pág. 63.

bienestar de la comunidad en sí, si no de los seres reales y concretos desde los cuales se funda el bien social en la comunidad.

Igualmente se tilda al utilitarismo de Mill y junto con él su hedonismo, de convertir a los hombres "fríos y carentes de afectividad, que entibia sus sentimientos morales hacia las personas particulares"⁸⁴, de mirar sólo las consecuencias del actuar en el momento de juzgar una acción moral, olvidando las cualidades que le propiciaron. Es decir, que en el momento de calificar según su criterio de correcto o incorrecto un proceder se tiene en cuenta la conducta de su autor. Esta crítica no es admisible en Mill, como tampoco es admitible en su sistema del hombre insolidario, el frío, pues con su actuar, no sólo se excluye a participar en la promoción de la felicidad del mayor número, defendida por Mill; un ser así actúa erróneamente desde cualquier perspectiva moral, y más desde la hedonista, por condenarse a sí mismo a un solipsismo, a unos goces limitados, obstaculizando con su actuar al goce solidario y cordial, a la camaradería, al compañerismo y a la amistad, dones que llevan a la armonía social, la cual garantiza sin duda una vida feliz a nivel individual y por ende a la felicidad generalizada.

Tanto al hedonismo de Epicuro, al de Mill, a sus seguidores y defensores en tiempos modernos, se nos ha acusado de practicar una doctrina digna de cerdos, ofreciendo con tal acusación una visión errónea de la naturaleza humana, suponiendo con ello que los hedonistas no somos capaces de sentir o gozar más placeres que los que puede experimentar un cerdo, olvidando los acusadores que como seres humanos, los hedonistas somos portadores de una racionalidad, de dignidad, de cualidades, sentimientos y aspiraciones que van más allá de la mera vida sensitiva, y que exigen el cultivo de placeres superiores, que den cuenta de nuestra humanidad, inteligencia y espiritualidad, al tiempo que nos distancian de la triste y no placentera vida

⁸⁴ Ibid., Pág. 65.

de cerdos.

Además de lo anterior, hay que notar que la fuente de placer propia de los cerdos no se puede homologar bajo ninguna circunstancia a la de los seres humanos. Un ser con capacidades elevadas dirían Epicuro y John S. Mill en sus momentos, necesita más que lo que el mero cuerpo puede ofrecer para sentirse feliz, y de ningún modo desearía a pesar de los continuos avatares de la vida entregarse a aquello que su racionalidad considera un grado inferior de vida. Esta acusación de cerdos al igual que otras muchas lanzadas al hedonismo bien podrían ser soslayadas, si sus autores tuviesen bien claro el tipo de felicidad que proclama este sistema moral a sus destinatarios.

De la misma manera compartimos la acusación de ser catalogados de no creyentes en Dios, de practicar una doctrina atea. Cuando lo que hizo Epicuro, no fue declararse ateo, sino liberarnos de los fantasmas y supersticiones sobre la divinidad dadas en su época, - sin negar la existencia de los dioses que habitaban en el Olimpo, modelos de felicidad perdurable -, e implantar en su lugar una moral de y para humanos, donde la autonomía fuese la cuota inicial, donde se suprimiese toda teleología y no hubiese cabida para la teodicea, situación que da inicio a la actitud hostil hacia él por parte de sus homólogos contemporáneos.

Una ajustada noción de lo divino, en palabras de García Gual sería la base para una vida sin recelos ni temores, noción que es lograda a través del estudio de la naturaleza, pues mediante ella podemos develar nuestra ignorancia y la credulidad de los mitos, donde los dioses aparecen haciendo y manipulando no sólo la naturaleza, sino direccionando el actuar del ser humano.

A tal acusación, Mill, aunque no practicase ninguna religión, pero sí gracias a su cultura intelectual, nos exhorta a recordar el deseo de Dios en el momento de nuestra creación, donde la palabra felicidad era el propósito de su obra; *Fuimos creados por un Dios feliz*⁸⁵, para que fuésemos felices, de lo anterior se desprende que el hedonismo no sólo no es una doctrina atea, sino que muy por el contrario es la doctrina con más firmeza religiosa que puede existir, puesto que la propuesta de la felicidad es el objetivo, principio y fin de este sistema ético.

El hedonismo propuesto en el mundo antiguo por Epicuro y en la modernidad por Mill, además de ser susceptible de transformaciones que le lleven a progresar, es una doctrina abierta al cambio, a críticas, a partir de las cuales puedan surgir nuevos refinamientos y precisiones, y por qué no, ampliaciones que a modo de reformulaciones se conviertan en un reto para todo filósofo y todo hombre contemporáneo que desee una vida feliz.

Ya para finalizar todo este cúmulo de objeciones y cuestionamientos descargados por muchos críticos, en torno a esta doctrina ética que sólo busca la felicidad para el ser humano desde y por el placer, sin agotar con este ejercicio todo el listado de réplicas habidas y por haber alrededor de este sistema ético, hemos de precisar junto con la hedonista contemporánea Esperanza Guisán que:

La mala comprensión del hedonismo se debe quizá a que si bien es una doctrina muy simple, se ha tomado erróneamente por simplificadora. Pero que una doctrina sea simple, en el sentido económico del término (que explique en razón de un principio los restantes fundamentos de una convivencia deseable), no implica que sea simplificadora en el sentido de que pase por alto cosas importantes, y mucho menos simplista en el sentido de no profundizar acertadamente en el estudio de

⁸⁵ 1 Timoteo 6:15. **Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras**. Editores: Watchtower Bible and tract Society of Pennsylvania. 1987. Pág. 1472.



la complejidad de los factores determinantes de la convivencia humana. Quizás todo lo que podría serle reprochado al hedonismo es que no se realizó como ciencia, es decir, que no se desarrolló una felicitología, en lenguaje de Neurath, que resuena en María Ossowska⁸⁶.

⁸⁶ GUISÁN, Esperanza. *Manifiesto hedonista*. Pág. 24.

4. HACIA LA FELICIDAD DESDE EL GOCE HEDÓNICO

Una vez comprendido que el hedonismo no es una doctrina que rebaja al hombre a un estado puramente sensitivo, emocional o instintivo, ni tampoco implica homologarse o catalogarse un extremista, polos en los cuales, la racionalidad con las que nos definió Aristóteles en la antigüedad y, defendió acérrimamente por medio de sus aforismos y modo de vida Epicuro de Samos en la época helenístico-romana queda relegada a un segundo plano, sino que muy por el contrario, esta "ética del placer" ofrece al militante, un alto grado de dignidad que no nos permitiría jamás tocar los extremos viciosos, más bien, esta conducta hedónica, sin prohibiciones, direccionaría acertadamente nuestras acciones y nos señalaría o ubicaría gracias a nuestra racionalidad en el equilibrado, aunque muy controvertido "*punto medio*" aristotélico, como nos lo recomienda en consonancia con el clásico filósofo, aunque de manera poco académica y sin ningún rasgo de erudición -precisamente, porque la vida feliz se refleja a través de la simplicidad de nuestra existencia y sencillez de nuestro hablar y actuar- la hedonista contemporánea Esperanza Guisán: "perderse en una pasión es hermoso y placentero ¡hedónico, por supuesto! Pero también organizar una vida armónicamente puede producir placeres profundos, duraderos, amplios"⁸⁷

Para un hedonista, hablar y entregarse al gozo o al placer que esta ética postula como medio para alcanzar la felicidad individual y del mayor número, no significa en absoluto entrar en contradicción con, ni atrofiar nuestras capacidades intelectivas de las que como seres humanos somos poseedores, pues es precisamente esta facultad la que nos recomienda a

⁸⁷ Ibid., Pág. 24.

bien seleccionar cada uno de los placeres que se nos presentan, teniendo como referencia para su aprobación o desaprobación, su consecuencia futura. Tampoco hedonismo supone ausencia de disciplina, puesto que la disciplina como instrucción física, mental y moral del ser sintiente, se nos revela como atributo indispensable en toda asociación o empresa para su funcionamiento armónico, bien a nivel individual o comunitario, y más aun, cuando el éxito va dirigido no a bienes materiales, sino a la felicidad, a la realización del ser humano como tal.

Para nosotros, militantes de este sistema ético, si bien concebimos el binomio "felicidad/placer" como nuestro último criterio moral, como el "telos" de nuestro reflexionar y accionar, ello no quiere decir que lo asumamos o aceptemos dogmáticamente como los únicos móviles que han de dirigir todo el hacer humano, y de ello somos conscientes cada uno de los que en él militamos y los defensores que junto con Guisán compartimos que cualidades como "El valor, la dignidad, la justicia, la integridad, la honestidad, todos ellos son bienes, sin duda alguna. El compañerismo, la camaradería, la cooperatividad, la amistad son dones preciosísimos, pero no en sí, en virtud de ellos mismos, sino como medios que me producen y producen en otros un estado que denominamos más o menos ambigua y vagamente felicidad⁸⁸. Pues estos valores, debido a la gran significación o el alto "valor" que encierran dentro de sí son considerados agentes determinantes o productores de gozo, de felicidad y de armonía en el individuo y en el conjunto social que llamamos desde la perspectiva utilitarista *del mayor número*.

El hedonista de hoy ha de mostrarse sin reservas ante la humanidad restante y espectadora como un buscador inquieto que no escatima esfuerzos en el momento de proporcionarse y proporcionar felicidad para él y los suyos;

⁸⁸ Ibid., Pág. 23.

como aquel amante de la libertad que escudriña en lo más íntimo de su ser dones preciosísimos como el coraje, la solidaridad, el esfuerzo de ánimo, la autoestimación, la confianza en la humanidad, y la superación desde una perspectiva tanto individual como colectiva; como aquel que busca y encuentra en el otro el móvil de un fin y no el medio instrumental para...; como aquel ser consciente que aquello que más contribuye a todo hombre a hacernos felices hedónicamente hablando, es contribuir en gran medida y sin recelo alguno a la felicidad de los otros yoes; como aquel que a lo largo de su existencia deja sin esforzarse un instante, una vida llena de gozo a pesar de los muchos sufrimientos que le son inherentes a la misma vida.

Pero ¿cómo ser hedonistas en un mundo habitado por miles de ciudadanos cuyos intereses en la vida no son más que el dinero, la inmediatez, la individualidad y el confort, valores que la política en su papel paternalista promueve, la economía permite, la televisión de manera desmedida difunde, y la gente natural e inconscientemente abraza?; ¿cómo declararse hedonista en un mundo donde hoy, al igual que en los tiempos romanos, de nuevo "*pan y circo*" parecen importar más que el honor, la dignidad, el conocimiento, o la igualdad, principios que son considerados legales para todo ser humano sin discriminación alguna, pero que en el otro yo, en el homólogo no son asunto de nuestra incumbencia?; ¿cómo decirse hedonista contemporáneo cuando hoy "el hombre se condena a una soledad que le entristece, a una insolidaridad que le asfixia, a una carrera extenuante por lograr victorias que acaban consumiéndole, agriándole el carácter, privándole de los goces más espontáneos?"⁸⁹; ¿Cómo militar en el hedonismo epicúreo y universal, cuando la gran mayoría de los componentes comunitarios o eslabones de esta gran cadena que llamamos humanidad, representa al tipo corriente, cuyo protagonismo radica precisamente en la vulgaridad, la cobardía o la equivocación y cuyo horizonte vital está demarcado u oscila entre los

⁸⁹ Ibid., pág. 15.

partidos de fútbol, los reinados, los festivales, las comidas rápidas y la rutina laboral?...

Los anteriores han de ser sin duda y con toda justificación sólo una milésima parte o el inicio de ese gran cúmulo de interrogantes que interrumpen y asaltan el silencio de esta reflexión. Los cuestionamientos que surgen en la mente de usted, estimado lector, deseoso de transitar a través de sendas que le hagan feliz o le conduzcan junto a los suyos a una felicidad que abarque la totalidad de su existencia y realidad humana, mas no a la manera de un puerto seguro al que arribar, sino aquella vida buena que se construye paso a paso, en la medida que se transita en su búsqueda dirigiendo nuestros pasos en moderación, equilibrio y disciplina, cualidades que implican el goce hedónico, aquel goce o aquella felicidad que se haga expansible y perdurable en cada ser en la medida en que se de desmedidamente y sin egoísmo alguno a los demás.

Aventurarse a la vida es una de las maneras como lograremos esta empresa. Para ello tenemos que ser seres rebeldes e inconformes, mas no una rebeldía fruto del momento, sino una rebeldía razonada, que nos haga despertar de ese sueño llamado costumbre o tradición en el que se haya sumida nuestra sociedad y como seres razonables luchar contra ella, sustituyendo en cuanto sea posible a nivel individual las normas existentes, por normas nuevas, renovables y sobre todo eficaces para el cumplimiento de nuestra meta. Una rebeldía al estilo de la del astrónomo y físico italiano Galileo Galilei, quien desafió por medio de un inteligente ataque, gracias a sus investigaciones y esfuerzos en probar la realidad física del sistema de Copérnico, a la tradición religiosa y aristotélica -hecho que le propició una censura eclesiástica - de la cual se defendió por medio de "una extensa carta abierta sobre la irrelevancia de los pasajes bíblicos en los razonamientos científicos, sosteniendo que la interpretación de la Biblia debería ir

adaptándose a los nuevos acontecimientos y que ninguna posición científica debería convertirse en un artículo de fe de la Iglesia católica⁹⁰, desafiando así los más sólidos cimientos de la física en búsqueda de su gran verdad, y convirtiéndose por tal hazaña en símbolo de la revelación contra toda autoridad y de la libertad en la labor investigativa. Una rebeldía similar a la del también físico alemán y Premio Nóbel de Física en 1921 Albert Eisten, o aquellas realizadas en el campo religioso, por el monje agustino y luego iniciador de la Reforma protestante Martín Lutero. O la heroína Juana de Arco - "La Doncella de Orleáns" -, quien dio un giro decisivo a la Guerra de los Cien Años, logrando de esta manera la feliz victoria para los franceses.

Así, rebeldía e inconformismo para con el sistema, han de ser los valores más representativos o característicos para todo militante hedonista. Una rebeldía que se evidencie en nuestras acciones a lo largo de la vida, y un inconformismo que se haga presente en cada una de nuestras reflexiones contra los convencionalismos existentes en la educación, la religión, la política paternalista y las normas sociales; convencionalismos que no hacen más que adormecer nuestra capacidad creativa y el interés por cumplir con nuestra meta hedónica: "Aumentar el número de individuos plenos, felices y satisfechos sobre la faz de la tierra, a sabiendas de que no conseguiremos tal desideratum a base de blandenguería o conformismo, sino de «heroicidad», de una lucha «armada» de los espíritus, incesante, que no afloje nunca"⁹¹.

Por lo anterior y en búsqueda de nuestro propósito, colocamos nuestro ideal, en la urgente necesidad de un cambio revolucionario en todas nuestras actitudes humanas, no sólo en las estructuras sociales, económicas y políticas, estructuras en las que hoy se desarrollan y entrelazan toda la

⁹⁰ BIBLIOTECA DE CONSULTA ENCARTA 2005. *Galileo Galilei*: Controversia y condena eclesiástica. Consultada el 01/21/2006.

⁹¹ GUIÓSÁN, Esperanza. *Manifiesto hedonista*. Pág. 73.

urdimbre de relaciones humanas, brindándonos un mundo mínimo, por no decir que un mundo carente de verdaderos goces hedónicos. Este objetivo se logrará, en esta nuestra propuesta, mediante una concientización a través de la palabra, o como nos lo comunica Guisán: "Una revolución con armas verbales..., que suponga una inversión de los valores y devuelva a la búsqueda de la felicidad personal el valor que ha tenido en el mundo clásico"⁹². Revolución verbal donde la palabra hecha verbo, oral o escrito, será el fundamento que instaurará en el hombre la necesidad del verdadero goce hedónico, la palabra como arma capaz de maravillarnos ante la belleza de las cosas y mediante ella -la palabra- hacer que las palabras mismas y las cosas cumplan esa su función originaria: sensibilizar al oyente o al observador que se pose frente a ellas; pues ellas han de sensibilizarnos con su significado, como las cosas con su pesantez y su efectividad, sin las cuales las cosas mismas, la palabra y la esperanza humana serían insignificantes y sin valor de ser.

Esta revolución verbal como instrumento sensibilizador estará acompañada de nuestra acción, "la acción como lenguaje, expresivo, emotivo y contagioso, la palabra como un actuar y dirigir nuestras vidas y las de otros"⁹³. Expresando así con el binomio "acción/palabra", a través de todas sus manifestaciones artísticas -porque el hedonismo como doctrina es un arte que busca sensibilizar al hombre desde sus diferentes expresiones- nuestro común deseo: Exigir como derecho propio e inalienable que "nada ni nadie usurpe el derecho de cada cual a organizar su vida, a alimentar su musa, a tener su jardín, su poema y su cobijo"⁹⁴. A fin de que el hombre pueda ser feliz desde este nuevo "goce hedónico" y "viciar" como flagelo, en la medida de lo posible y sin egoísmo alguno con su felicidad a la gran mayoría de los seres sintientes que conformamos la sociedad.

⁹² Ibid., Pág. 10.

⁹³ Ibid., Pág. 40.

⁹⁴ Ibid., Pág. 41.

Pues somos conscientes que la transformación de este mundo por uno tranquilo, fuente de felicidad y goce hedónico, no será posible a través de los Estados totalitarios o de los medios bélicos, donde las armas, los proyectiles, las minas quiebra patas, o las torturas inhumanas, que causan indignación y dolor inmenso a nuestra sociedad, sean los instrumentos de una transformación como hoy se pretende erróneamente. Por ello invocamos con todas nuestras fuerzas a una desmovilización universal, uniéndonos así, al clamor del Estado y la Iglesia para que permanezcan sólo las palabras, y entonces, mediante ellas - las palabras - y la acción, empezar *sí* una verdadera lucha, *una lucha limpia* como la designa Guisán, una lucha razonada, donde los secuestros, los centros de reclusión, y los castigos crueles que padecemos consciente e inconscientemente por la acción de gentes enfermas e inconformes, sean reemplazados por auténticas acciones de sociabilidad, cooperación, de convivencia humana, de goce hedónico, tales como el disfrute de una buena taza de café o una buena cerveza en compañía de los amigos, las visitas a museos, centros comerciales o de interés intelectual, el deleite del encuentro silencioso consigo mismo y con la naturaleza, y otras acciones similares, a fin de posibilitar una existencia de plenitudes, de logros y metas por alcanzar.

Otra forma de cómo ser hedonistas en este mundo mezquino de emociones y carente de sensibilidad es por medio de la ética y la estética. No obstante, a pesar de compartir con aquellos que sostienen que es discutible el afirmar que la humanidad deba adoptar una determinada ética o una determinada estética; tenemos la certeza de que ella, la humanidad, para buscar su felicidad, debe estar guiada por unos valores éticos y unos valores estéticos.

El hedonista de hoy como todo hombre contemporáneo, reconoce que estos campos pertenecen a la esfera de lo cosmético, puesto que hermosean y convierten en fuente de placer, en motivo de gozo, en obra de arte todo lo

que tocan con sus pinceles - pues el mundo como manifestación artística: bello, armónico y ordenado, no es mundo ni obra de arte por sí mismo, sino que lo es por la ayuda del arte y de la estética -, además de mostrarnos las potencialidades y la creatividad del ser humano en el momento de plasmar sus creaciones. Actitud ésta que concuerda radicalmente con nuestro objetivo de vida: embellecer este mundo con una extensa gama de vistosos colores que reflejen la alegría y la razón de ser de ser hedonistas. A través de nuestro actuar, de la palabra, del ejemplo, de nuestra forma de concebir las cosas, de nuestra mente abierta, de nuestra tolerancia, y sobre todo de nuestra convivencia armónica.

"Los hedonistas pasamos de la búsqueda de la felicidad particular a la búsqueda de la felicidad general por un imperativo que es quizás más estético que ético. Aunque es ético también, sin lugar a dudas. Creemos que la gente sería más agradable, si pusiera alguna ilusión en salir de sí misma, que ellos y nosotros pudiéramos beneficiarnos a la larga del esfuerzo"⁹⁵ Somos conscientes que nuestra felicidad está ligada directa o indirectamente con las cuestiones éticas y estéticas, aunque a veces, los moralistas, los esteticistas y los artistas, por su condición de humanos, o por defender de manera egoísta los intereses de determinados grupos, o ideologías corrompan estas disciplinas y no lo quieran reconocer.

En este salto dialéctico de la búsqueda de la felicidad particular a la general y del cambio que buscamos en los seres humanos, se hace necesario enfatizar que no buscamos homologarnos a una manada de corderos cantando al unísono, *mentes cuadrículadas o estereotipadas*, sino más bien a un hombre que "se esfuerza por esculpir en cada uno de estos pocos prometedores ejemplares de hombres una cosa más digna de ser mirada, mentes más amplias, gestos más bellos, miradas más abiertas. Queremos

⁹⁵ Ibid., Pág. 68.

que exista singularidad, cuando realmente esta singularidad añade algo al acerbo común de los mortales"⁹⁶. No buscamos una uniformidad porque ésta resulta perjudicial a nuestro manifiesto hedonista, aunque compartamos o hagamos propias algunas actitudes, comportamientos y aspiraciones que nos caracterizan ante los demás como militantes de este sistema que se edifica en y con los otros prometedores de felicidad.

En una actitud positiva, porque somos optimistas, "Creemos que las posibilidades de ser felices pueden aumentar si la técnica, la ciencia y el arte, *al igual que la ética*, y la imaginación funcionan a pleno rendimiento"⁹⁷. Nosotros, los hedonistas del siglo XXI, de manera trascendental, vamos más allá del sentido exclusivo que posee el arte y nos instalamos en su sentido acumulativo. Sabemos que nada de lo que se gana en el presente invalida lo que se ha conquistado en el pasado. Por el contrario, sostenemos que lo que ganamos aquí y ahora, en el momento presente, ha de ampliar nuestros límites estéticos y éticos en un verdadero beneficio social llamado goce hedónico.

En consecuencia con lo anterior, buscamos popularizar la ética y la estética. Nos esforzamos porque la estética deje de ser campo del dominio exclusivo de los artistas y la ética abandone su propiedad hipotética de moralistas o filósofos, y sean del dominio del hombre común y corriente, a fin de que con este logro la felicidad se democratice, y entrar entonces, a las puertas de una temporada de felicidad general y de un hedonismo universal sin comparación; donde al momento de asociar el placer, con los actos más importantes para la conservación del individuo y de todos los seres sintientes, se evidencie sin ningún esfuerzo, la fuerza natural del mismo placer, y poder decir sin riesgos a equivocarnos, que él - el placer - en

⁹⁶ Ibid., Pág. 65.

⁹⁷ Ibid., Pág. 66. (*La cursiva es nuestra*).

nuestros actos físicos, no es más que la estética de los actos humanos como el acto sexual, el comer, el dormir, el defecar.

Por todo lo anterior, en esta era hedónica que promovemos, estamos dispuestos a afinar razonadamente, nuestro cuerpo y nuestro espíritu como un exquisito instrumento de placer -no de manera desquiciada como se presentaba en el hedonismo vulgar, practicado por Aristipo de Cirene-, de manera que pueda producir las más bellas armonías sensoriales, a nivel moral y estético, sin ninguna perturbación en el futuro.

De igual manera nos enfrentamos a esta cruzada hedónica en estos tiempos modernos, siendo fieles a los consejos dados en tiempos helenístico-romanos por el maestro Epicuro de Samos, a través de sus lecciones y forma de vida a sus discípulos próximos y lejanos, armados con la amistad. ¿Por qué? Porque como él mismo nos lo expresa en su *Máxima Capital* número 27: "De los dones que la sabiduría ofrece para la felicidad de la vida eterna, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad"⁹⁸.

Por ser ella uno de los sentimientos más maravillosos que puede surgir entre los seres humanos, por su alto valor desde la perspectiva de la autosatisfacción, por convertirse en el instrumento indispensable para la cohesión social; sin olvidar la fortaleza y la nobleza que ella puede forjar al interior del ser humano, por ser el instrumento engendrador de una convergencia de solidaridades y de sueños, de armonías silenciosas que fomentan la convivencia, por convertirse en concreción de la solidaridad al crear uniones y apoyos, además de infundir valor y esperanzas, y en última instancia, sin con ello agotar todos los beneficios que ella brinda a todo hombre y de modo particular al militante de este sistema ético, por considerar la familiaridad o camaradería entre amigos como uno de los factores más

⁹⁸ EPICURO. *Máximas capitales*. En GARCÍA GUAL, Carlos. Op. Cit. Pág. 44.

influyentes o determinantes para el goce fraterno.

Recordemos que a lo largo de nuestra vida, cada uno de nosotros ha encontrado un sin número de amigos, de los que como diría el maestro del Jardín, *No necesitamos tanto su ayuda, sino la certeza o confianza en la ayuda y gratificante compañía que ellos puedan proporcionarnos en un momento determinado.* Están por una parte aquellos con los que compartimos la inocencia de nuestra infancia, las diversiones e inquietudes propias de la adolescencia, los estudios, las locuras y penas de la juventud. Por otra, están aquellos con los que se comparten las primeras experiencias del trabajo, las incertidumbres sobre un futuro, las realizaciones personales, la plenitud de la madurez, la satisfacción de los logros obtenidos, las alegrías o las tristezas de la vida de pareja, la felicidad o preocupación por los hijos... Miremos cuán placentero resulta este grato ejercicio.

Entre las amistades que nos acompañan en los distintos períodos de la vida, algunas, por diferentes circunstancias, se ausentan o desaparecen definitivamente, otras son recurrentes y otras permanecen a nuestro lado incondicionalmente. Lo contradictorio, y da lástima decirlo -por ello luchamos, porque no se siga presentando este fenómeno-, es que en general nuestra edad, cronológicamente hablando, es inversamente proporcional al número de amigos, porque a través de los años, al conocer más y más humanos, aprendemos a sopesar el valor de la verdadera amistad, o porque las relaciones en esta etapa de la existencia son ajenas a los intereses económicos que se manejan en la juventud.

Un amigo es un tesoro, reza el adagio popular. Y desde la perspectiva hedónica éste ha de ser considerado como el elemento primordial; como el itinerario que nos transporta a las puertas de ese pretendido tesoro llamado felicidad; como el portador de nobles sentimientos; como el colega en la

carrera que nos ha de conducir a la meta anhelada: la felicidad para el conjunto de seres sintientes. De allí nuestro celo por conservarlos, nuestro afán por conseguirlos, nuestra ambición por atesorarlos y nuestra entera confianza en cada uno de ellos.

Entendemos con toda claridad que "La «felicidad» es una pequeña palabra ambiciosa que apunta al sin fin de objetos que podemos degustar, al mundo cuasi-infinito de posibilidades que tenemos si desarrollamos nuestras capacidades dormidas"⁹⁹. Por ello nos disponemos, a su exploración con una actitud dócil ante el gratificante aprendizaje de su complacencia y como maestros humildes ante el hermoso arte de enseñar a gozar, de educar a los otros yoes para la felicidad, de enseñar la felicidad sin egoísmo alguno a los demás, mediante esta óptica hedónica que sabemos, no apunta a la impotencia, ni al fracaso, sino al éxito rotundo, gracias a nuestras pequeñas, pero grandes voluntades.

El hedonista ha de ser un ser autónomo, un amante de las decisiones y de las cuentas claras, un humano que a pesar de las limitaciones que nos son inherentes por nuestra condición humana tenga ante todo buena autoestima, confianza en sí mismo, amor propio y hacia los seres sintientes y, sueños por los que luchar en la vida. Por ello, una radiografía de lo que es ser hedonistas, nos la presenta en forma precisa y con una fluidez verbal muy fina Esperanza Guisán, por medio de un bello pasaje, que por lo puntual de su contenido no podemos sino hacerlo extensivo a usted considerado lector deseoso de abrazar esta forma de vida:

Amamos la sabiduría, los placeres tranquilos y las emociones fuertes. Somos soberbios y moderados a ratos, exaltados, apasionados e inconformistas en ocasiones. Queremos beber el agua sin abandonar el vino; gozar con los amigos sin

⁹⁹ GUISÁN, Esperanza. *Manifiesto hedonista*. pág. 129.

renunciar a la soledad y a la amistad con nosotros mismos. Queremos las pequeñas cosas y las cosas más grandes. Las vacaciones junto al mar, los lugares exóticos, el lujo y la vida sobria. Queremos tenerlo todo, gozarlo todo, la fama, la inmortalidad. Queremos que todos lo quieran, que todos lo gocen, que todos despierten, y además de sus cosechas, sus sueldos, sus libros de contabilidad, saboreen la música exquisita tal vez como las cerezas, o un poema que es como vino espumoso para nuestro espíritu¹⁰⁰.

Y en otro pasaje con la misma consonancia: "Amamos....la mesa succulenta, la fruta que cae del árbol, el falo imponente, la vagina húmeda, el libro que entretiene, la obra que abre asombros"¹⁰¹.

Para finalizar, llevamos equipados, por no decir que a desbordar nuestros morrales con un gran valor resultante de la amistad, el cual trasciende los límites afectivos instalándonos en una comunidad transnacional, o como nos lo diría el puntual filósofo de Königsberg, en una ciudadanía universal, donde el otro es el más fiel reflejo del ser que aspira a la felicidad: la solidaridad.

La solidaridad entendida desde nuestro goce hedónico como ese sentimiento fruto de la educación y de nuestra sensibilidad, sentimiento que surge de lo más íntimo de nuestro ser y se desborda sin medidas a todo ser necesitado tanto de afectos, como de auxilios materiales; la cual nos mueve a actuar de manera desinteresada por la causa humana. No sólo en momentos específicos - catástrofes naturales y acciones bélicas -, donde la ayuda es fruto de una emotividad, sino en cualquier circunstancia donde se vean violados los derechos humanos, circunstancias estas que nos llenan de indignación y nos motivan a actuar solidariamente para con la especie humana o comunidad transnacional.

¹⁰⁰ Ibid., Pág. 129.

¹⁰¹ Ibid., Pág. 74.

Esta solidaridad surge en nosotros porque anhelamos a nivel individual y colectivo un mundo armónico y justo, por que "queremos un hogar más amable donde refugiarnos. Tenemos sueños, y ansias inagotables, y sabemos que sólo podemos colmarlos en alguna medida, haciendo que las cosas cambien de signo. Haciendo que la gente no sea esa masa informe, incordiante, desagradable, desaprensiva, mediocrementemente egoísta, mediocrementemente afectiva"¹⁰². Donde la solidaridad ha de presentarse como una obligación hedónica que nos impulsa a cooperar espontáneamente, en pos de una sociedad libre y fraternal.

En nosotros, la solidaridad se hace manifiesta por medio de tres instancias, las dos primeras ya tratadas anteriormente: la palabra y la acción, la tercera: es el servicio. Este último, es un elemento liberador, porque nuestro espíritu, nuestro interior se alimenta por medio de él, no de libros, de cuentas de ahorros, de bienes materiales, ni de conferencias. El servicio es el amor en la acción, cuando uno empieza a servir, el mundo cambia dejando de ser esa masa desaprensiva, para convertirse en algo bello, en algo gozoso. Servir se constituye así en la máxima representación del espíritu y del ser hedonistas, porque *se obtiene más felicidad en el dar que en el recibir.*

Por lo anterior, invitamos a experimentar el placer de servir e ir a la acción por la acción misma y por medio de la palabra, porque en esta aventura hacia la felicidad encontramos obstáculos externos e internos que nos impiden e impiden a otros la consecución de nuestra meta de manera rápida.

El común de la gente, muchas veces vive inmersa e indolente en una especie de urna de cristal y no quiere incluirse dentro del problema, pero nosotros, hedonistas universalistas, tenemos que ser partes de la solución y no del problema. Lo paradójico estriba en que somos parte del problema,

¹⁰² Ibid., Pág. 67.



mas no queremos entrar a ser partícipes de una solución. Olvidándonos que nuestros dedos no son para juzgar sino para unirlos y solidariamente construir una sociedad más justa, libre e igualitaria, donde el goce colectivo sea su mayor constante; así como nuestro corazón es para sentir y el amor que poseemos para darlo sin egoísmo alguno.

CONCLUSIÓN

Una vez expuestas las ideas centrales de los filósofos Epicuro de Samos y John Stuart Mill sobre la felicidad, al igual que las objeciones surgidas en torno a estas, y presentando así un hedonismo depurado y después de hacer extensiva la invitación a militar en este sistema ético, nos proponemos destacar algunas notas finales a manera de conclusiones.

Sin duda alguna, todo ser humano y toda sociedad se asienta o busca descansar sobre un lecho de felicidad, felicidad que se manifiesta en diferentes grados de descomposición y asimilación, del mismo modo como los árboles en un bosque se nutren del humus de las hojas y los troncos de sus predecesores, creciendo sobre ese detritus; la felicidad sigue apuntalando como un clamor en las diferentes manifestaciones humanas: la poesía, la pintura, la novela, el cine, la música... En definitiva, la felicidad cumple ese papel de siempre, permitiendo que sigamos siendo seres de esperanza, esperanza que no se conforma con constatar lo que hay, sino que nos motiva a explorar nuevas perspectivas, consciente de que el hombre es un animal que está lanzado a su búsqueda y lleva sobre sí una extensa cuota de ella, cuota que nos permite realizar planes para su consecución, facilitándonos así, de algún modo, ser más felices en cuanto más libres.

Como seres racionales somos conscientes que nuestra vida es demasiado valiosa para ser vivida en un estado permanente de mediocridad, dolor, miedo o confusión. Creemos que nuestro destino, en esta nuestra única existencia es tener una vida llena de amor, paz, felicidad, salud y

comodidad. Sólo cuando elijamos a conciencia qué queremos ser realmente, tendremos la oportunidad, gracias a nuestra fuerza de voluntad de materializar todos nuestros sueños.

El común de los seres humanos paradójicamente hemos ubicado la felicidad en nuestro exterior, aun a sabiendas que no tenemos el poder para cambiar las cosas que se encuentran fuera de nosotros, hemos centrado nuestra felicidad en lo que los demás piensan de nosotros; en este sentido buscamos siempre ser aprobados, reconocidos y adulados, y cuando no nos aprueban, reconocen o adulan nos damos contra el piso, ello por centrar nuestra felicidad en el exterior, cuando ella habita en lo más profundo de nuestro ser, pues existen cosas externas que nos es imposible cambiar. Lo que podemos cambiar -y esto es por lo que luchamos infatigablemente los hedonistas-, es la actitud y la forma de ver y percibir el mundo de acuerdo con nuestro sentir.

A raíz de lo anterior, hemos de intentar ser dueños de nuestro propio destino, sólo que al intentarlo nos enfrentamos a una vida difícil, lo más sencillo no es ser hedonistas, lo más sencillo es seguir siendo gente del común o como dirían los críticos de la sociedad: "*hombres-masas*" "*conciencias desgraciadas*". Ser hedonistas requiere estar dispuestos, a la incomprensión, a la soledad y al juicio aún errado de nuestros contemporáneos.

Ser hedonistas implica como diría Federico Nietzsche, perder el alma y el calor de siervos, que tenemos arraigada a nuestro ser como algo propio a nuestra naturaleza. El hedonista como hemos expresado anteriormente, es un ser rebelde que no pretende ser libre de algo, sino libre para algo, para crear nuevas formas de pensar, para crear un mundo más humano en cuanto más justo y más feliz, para crear una nueva forma de vivir, de

sentir y de obrar conjuntamente y en correspondencia con nuestra naturaleza social.

Aunque el placer, desde nuestra perspectiva hedónica es la vía hacia la autorrealización humana, hay que reconocer que también concebido desmedidamente -como ocurrió en tiempos cirenaicos, ocasiona graves consecuencias, además de convertir el modo de vida que aquí proponemos en algo poco apetecible para ser vivido-, es una vía hacia la ruina de la humanidad, puesto que él, como las demás esferas pertenecientes a nuestra realidad humana, es ambivalente, por ello recomendamos al momento de lanzarnos a él, a hacer uso de nuestra racionalidad y del recomendado cálculo de placeres advertido por Epicuro de Samos desde la antigüedad.

Creemos que es posible el vivir feliz, el ser felices aquí en este cuarto de hora que se nos ha permitido vivir. Y estamos convencidos que la *hedoné* nos ayuda en esta tarea común, más aun, al estructurarse en forma de vida, construyendo la urdimbre que en vez de atrofiar, vertebramos nuestras estructuras mentales al igual que a la trama de relaciones que nos permiten navegar de modo selectivo y ordenado por esta confusión que el estado paternalista nos presenta bajo el nombre de valores, los cuales constituyen nuestra realidad en bruto.

Entre más poderoso y razonado es el placer más nos aproxima a los dioses. La diferencia está en que el placer de los seres humanos no es continuo sino esporádico, como las rachas y las descargas. Esto, sin embargo, lo hace tan apetecible que incluso los dioses quieren probarlo de vez en cuando, pues el goce perenne del que disfrutaban en su Olimpo, se torna aburrido por no decir que carente de atractivo. En sentido estricto, pues, sólo los mortales podemos ser felices y disfrutar del placer aunque no

sea sino por instantes. De ahí el enorme privilegio de ser hombre mortal.

De acuerdo con la tesis del hedonismo, toda acción realizada por el ser humano y toda empresa que de éste provenga es evaluada, admitida o rechazada por la categoría o valor hedónico que contenga, aunque no es el placer o la felicidad de los hombres lo único relevante para el hedonismo, sino que también a este sistema ético le interesa y en gran escala, el bienestar del hombre a nivel social e individual, pues sería desde el plano hedónico, y desde cualquier otro, un absurdo, algo irracional, o un contrasentido hablar de placer sin hombres y de hombres sin relaciones interhumanas, y por último, de hombres sin un vínculo social como hemos expresado en párrafos precedentes.

Si bien los detractores del hedonismo abundan, su abundancia se debe sin duda alguna a la mala interpretación del hedonismo universal, al que se le confunde u homologa muy a menudo con el hedonismo vulgar, donde el placer purificado a través del crisol de la calidad, propio de este hedonismo domesticado es igualado al placer baladí de aquellos. Y razón tienen los detractores, puesto que el entregarse a placeres tan bajos como masticar chicle, o el placer sadomasoquista, no pueden en ninguna circunstancia convertirse en norma suprema de todo valor moral, ya que no promovemos un placer a expensas del sufrimiento de los demás, sino un placer que incremente las capacidades de gozo en cada uno de los otros.

Ya para finalizar, sólo basta desear hedónicamente hablando Un respeto y un éxito a todos aquellos que se lanzan a esta gran osadía: la felicidad, desde esta ética del placer.

BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES. Obras. *Ética nicomaquea*. Aguilar. Madrid. 1977.

AUTORES VARIOS. *Civilización 6. serie de ciencias sociales integradas para la educación básica secundaria*. Editorial Norma S. A. Bogotá. 1991.

CAMPS, Victoria. *Historia de la ética. II (La ética moderna*. Editorial Crítica. Barcelona. 2002.

GARCÍA GUAL, Carlos. *Epicuro*. Alianza Editorial. Madrid. 1981.

_____. *Epicuro. Sobre la felicidad*. Santafé de Bogotá. Editorial Norma. S. A. 1995.

GUISÁN, Esperanza. *Manifiesto Hedonista*. Anthropos. Barcelona. 1990.

_____. *Razón y pasión en ética. Los dilemas de la ética Contemporánea*. Anthropos. Barcelona. 1990.

HIRSCHBERGER, Johanes. *Historia de la filosofía. Antigüedad, Edad Media, Renacimiento. I* Herder. Barcelona. 1994.

LLEDÓ, Emilio, *El epicureismo*. Tractus. Madrid. 1995.

MILL, John Stuart. *El utilitarismo*. Atalaya. Barcelona. 1994.

_____. *La autobiografía*. Alianza. Madrid. 1986.

_____. *Sobre la libertad*. Alianza. Editorial. Madrid.

REALE, Giovanni y ANTISERI Darío. *Historia del pensamiento filosófico y científico I. Antigüedad y Edad Media*. Herder. Barcelona. 1995.

RUSSELL, Bertrand. *Historia de la filosofía occidental*. Tomo I: La filosofía antigua La filosofía católica. Espasa Calpe, S.A. Madrid. 1999.

SABINE, George. *Historia de la teoría política*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México. 1994.

SÁNCHEZ VÁSQUEZ, Adolfo, *Ética*. Grijalbo. México. 1997.

Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras. Editores: Watchtower Bible and tract Society of Pensilvania. 1987.

UNAMUNO, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*. Plenitud. Madrid. 1966.